

Selección

TERROR

LOS MUERTOS QUE NO MATE

BURTON HARE



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

BURTON HARE

LOS MUERTOS QUE NO MATÉ

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 210
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 211 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: marzo, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

Era como un sueño que de pronto se hubiese hecho realidad.

—Es perfecta, señor Mulrooney, una habitación sencillamente encantadora.

La voz de la muchacha rezumaba entusiasmo. Y la habitación bien lo merecía porque era tan grande como todo el apartamento que la muchacha ocupaba en Londres. Tenía una pared construida de grandes bloques de piedra maciza, y las otras estaban cubiertas por ricos tapices azulados, una enorme chimenea acababa de darle carácter, a lo cual contribuía también la inmensa cama con dosel de seda azul.

Era como si de repente Jenny hubiera dado un salto atrás en el tiempo para llegar a la Edad Media.

—Temí que la encontrase demasiado grande para usted sola — dijo el coronel Mulrooney con alivio—. Pero el castillo es demasiado grande para tenerlo todo en condiciones de habitabilidad, así que sólo se mantiene en servicio esta sala del edificio principal.

—Joan me contó todo eso, y ahora que estoy aquí puedo comprenderlo perfectamente.

—Mi sobrina no tardará en llegar. Salieron con su prima para efectuar algunas compras en el pueblo. Quizás se hayan cruzado ustedes por el camino.

—No vi ningún coche que fuera en dirección contraria a mi taxi. Estoy muy contenta de que me haya usted invitado, coronel.

El coronel Mulrooney sonrió. Era un hombre grande y que a pesar de sus años se conservaba erguido, delatando su condición de viejo militar colonial. Un poblado mostacho completamente gris le daba una cierta fiereza a su rostro ancho, curtido y surcado de arrugas.

—Fueron mis sobrinas quienes insistieron en que usted viniera. Yo opuse algunos reparos en realidad porque nos encontramos casi sin servicio... Pero espero que podamos arreglarnos bien.

—Oh, pues claro que sí. Aprovecharé para ordenar mis cosas en el armario hasta que lleguen Joan y Maggy.

—Si precisa cualquier cosa, tiene un pulsador al lado de la cama. Llame y acudirá una sirvienta.

—Muchas gracias, coronel.

Cuando quedó sola, la hermosa muchacha miró en torno estremecida de contento. Después se aproximó al ventanal de piedra y asomándose contempló el sombrío parque que rodeaba el inmenso castillo de los Mulrooney. Sobre la barrera de añosos abedules y olmos que se erguían como gigantes cercando el parque se alzaban las verdes colinas, que a esa hora incierta del crepúsculo parecían oscuras sombras dormidas.

El parque en sí estaba bien cuidado, y atesoraba una espesa vegetación que servía de cobijo a multitud de pájaros que justo en esa hora dejaban sus

gorjeos para sumir la tierra en el silencio.

El áspero graznido de un cuervo pareció dar la señal de silencio. Después, empezó el asmático croar de una rana, y más lejos, en algún estanque invisible, otras le hicieron coro.

Jenny sentía una extraña lasitud, una feliz sensación de paz como jamás había experimentado en Londres. Este era su primer contacto con la naturaleza en su plenitud, porque hasta entonces sólo sus visitas a los parques públicos de la inmensa ciudad la habían hecho añorar ese cambio de decorado en su vivir.

Las últimas luces de la tarde conferían extrañas formas a los arbustos, a los arriates, al sombrío laberinto de troncos y ramas que cercaba el prado de césped que había bajo su ventana.

Estaba mirando hacia esos árboles bajo los cuales las sombras ya eran tan espesas como si fuera de noche, cuando dentro de esa penumbra descubrió una mancha blanca.

Podía tratarse de la cara de un hombre o de una mujer ya que estaba a la altura adecuada para serlo. Pero estaba tan inmóvil que Jenny le dedicó un segundo vistazo.

Desde luego, si era la cara de un ser humano, no cabía duda que estaba muy quieto. Tal vez la miraba a ella, pensó. Casi fascinada por la curiosidad, Jenny no pudo apartar sus ojos de aquella cosa blanca.

Cuanto más la miraba, más segura estaba de que se trataba de una cara. Y poco a poco fue entrándole una profunda inquietud, porque nadie en sus cabales se pasa tanto tiempo semiescondido entre unos árboles sólo para ver a una chica asomada a una ventana. Hubiera querido gritarle algo que le obligase a moverse pero se contuvo por temor a ponerse en evidencia.

Luego, de pronto, aquella cosa ya no estaba allí. Fue como si de repente se hubiera desvanecido en la nada. Un segundo antes estaba viéndola, y luego no hubo nada, sólo oscuridad.

Jenny aún permaneció casi un minuto vigilando aquel lugar por si el fenómeno se repetía, pero ya no volvió a ver nada.

Estaba a punto de cerrar el ventanal cuando vio el resplandor de los faros de un coche que asomaban más allá de la barrera de árboles. Seguramente las muchachas regresaban de su excursión por el pueblo.

Jenny abandonó la ventana y se apresuró a ordenar sus cosas. Estaba terminando cuando oyó el grito.

Se detuvo, paralizada de espanto.

Fue un grito extraño, tan agudo como el filo de un cuchillo, pero débil, como si viniera de una gran distancia, de una distancia inmensa en el tiempo y el espacio, algo como jamás oyera.

Y en realidad tampoco estuvo segura de haberlo oído entonces. No había ninguna garganta humana capaz de formular semejante sonido...

Trató de dilucidar de qué dirección había llegado aquella voz y fracasó. Igual pudo proceder del interior del castillo, como del exterior, o haber

brotado de aquel ciclópeo muro de piedra.

O, probablemente, no había surgido de ningún lugar. Jenny llegó a la conclusión de que había sido víctima de algún fenómeno físico debido a la altura, o a la humedad del ambiente, o al viento.

Se encogió de hombros tratando de olvidarlo. Tras dejar su equipaje ordenado en el armario, se cambió de ropas y salió de la habitación en busca de Joan y Margaret, las amigas que la habían invitado a ese excitante fin de semana.

CAPITULO II

Jenny estaba tendida en la cama sin poder pegar ojo. Se había acostado tarde, cuando ella y sus dos amigas se cansaron de charlar en el gran salón de la planta baja, frente a las llamas de la chimenea, y desde entonces sus ideas danzaban un vals loco que la desvelaba.

Aquella velada frente al hogar encendido, el café, los licores; aquellos relatos sobre el pasado de la familia Mulrooney, las leyendas del castillo, los pantanos y todo lo demás excitaban su imaginación, hasta entonces puramente ciudadana.

Era maravilloso ese cambio de ambiente, desde la aburrida rutina de Londres y la oficina, a ese excitante vivir rural, casi palaciego, casi medieval...

Comenzaba a dejarse vencer por la somnolencia cuando creyó oír aquella voz.

Parpadeó, sobresaltada.

Aguzó el oído, pero casi se rió de sí misma. ¿Quién demonios podía hablarle dentro de esa sólida habitación?

Se volvió de costado en la cama. Entonces lo oyó de nuevo:

—¡Vete de aquí! —Dijo la voz—. ¡Huye!

Se incorporó de un brinco quedando sentada en la cama. Un tirante del leve camisón se deslizó por su hombro dejando en libertad la pujante línea de su seno izquierdo pero ni siquiera lo advirtió, tensa y atenta.

—¿Quién está ahí? — balbuceó.

Tanteó junto a la mesita y encendió la pequeña lámpara de noche.

La luz apenas llegó a disipar las sombras que invadían los rincones del gran aposento.

No vio a nadie.

No había nadie.

Se avergonzó de sí misma. ¿Es que iba a creer en fantasmas a su edad y en esta época?

Volvió a tenderse y sonrió al apagar la luz. Con toda seguridad, aquello había sido el inicio de un sueño al empezar a quedarse dormida; no podía ser otra cosa.

Suspiró al estirar su hermoso cuerpo bajo las sábanas.

Así se quedó dormida.

Luego, algo la despertó.

Algo que no supo qué era, pero que rompió la dulzura del sueño como el toque de un clarín.

Escuchó sin moverse, aún adormecida, y oyó el chirrido en la ventana.

Se volvió bruscamente y miró hacia el oscuro rectángulo que apenas se distinguía en esa noche sin luna.

Y entonces ya no hubo sueño, ni incertidumbre de ningún género, porque

la cara horrible que aparecía al otro lado de los cristales era real, estaba allí...

Dio un grito y saltó del lecho. La cara, o lo que fuera que forcejeaba para abrir el ventanal se agitó cuando ella corría hacia la puerta.

Jenny no miró atrás. Abrió y salió al pasillo dando gritos.

Las dos primas aparecieron sobresaltadas de sus habitaciones, situadas en el lado opuesto del pasillo. Ambas llevaban pijamas y eran dos figuras en la penumbra.

—¡Está allí! — Gritó Jenny—. ¡En la ventana!

—¿Qué? — balbuceó una.

—¡ Pero Jenny! ¿De qué estás hablando?

—¡Quiere entrar en mi cuarto!

—¿Quién?

—No lo sé... esa cosa horrible...

Las dos muchachas cambiaron una mirada perpleja. Luego, como puestas de acuerdo, echaron a andar hacia el dormitorio de Jenny. Por las escaleras se oían los pasos pesados del coronel Mulrooney que subía gruñendo.

Jenny siguió a sus amigas. La habitación a oscuras era un pozo de sombras cuando entraron. Ella señaló la ventana.

—¡Allí! — gritó.

En la ventana no había nada.

Maggy encendió la luz y miró a la hermosa joven londinense.

—Fue una pesadilla sin duda —comentó—. ¿Qué fue lo que te asustó de ese modo?

Jenny temblaba.

—Me despertó el ruido que hizo cuando intentó abrir la ventana — explicó casi castañeteándole los dientes —. Miré hacia allí y lo vi...

Desde la puerta, el coronel gruñó:

—¿Qué fue lo que viste?

Ella se volvió. El coronel Mulrooney llevaba un grueso batín y la áspera cabellera revuelta.

—¡No lo sé! Parecía una cara blanca... como una mancha.

—Sería un reflejo.

—Un reflejo no hace ruido, y aquella cosa me despertó.

—El cambio de ambiente, seguro —vaticinó Joan, la sobrina del coronel.

Ella sacudió la cabeza.

—Estoy segura que había alguien intentando abrir la ventana...

El coronel pasó entre las muchachas y dirigiéndose a la ventana la abrió de un tirón.

Se quedó unos instantes examinando la parte exterior. Le vieron ponerse súbitamente rígido. Luego, la cerró con cuidado y volviéndose refunfuñó:

—Tonterías, no hay nadie fuera. ¿Quién se va a encaramar por la fachada hasta un primer piso?

Jenny hubiera querido insistir. Ella estaba segura de lo que había visto. Pero no se atrevió por temor a ponerse en ridículo.

Maggy dijo como zanjando el asunto:

—Si tienes miedo de dormir sola, puedes venir a mi cuarto. Hay sitio de sobra, Jenny.

Esta sintió como se ruborizaba.

—Nunca he sido una chica asustadiza —murmuró—. No quiero causar más molestias a nadie, de todos modos te lo agradezco mucho.

El coronel dio un gruñido y se fue, apresurado, como si ver a tres hermosas jovencitas casi desnudas le disgustara.

Las dos primas aún se quedaron unos minutos tratando de calmar a su amiga.

Maggy aseguró que en un lugar grande y aislado como era el castillo, cualquier crujido de los viejos muros semejaba un cañonazo, de modo que preocuparse por los ruidos era una tontería.

Luego pidió un cigarrillo y Jenny sacó el paquete. Encendieron uno cada una y entonces ella dijo:

—¿Y la voz, también salen voces de los muros?

—¿Una voz? ¡No me digas que oíste hablar al fantasma de la ventana! —rió Joan.

—Por favor, no te burles. Eso fue mucho antes... oí una voz jadeante, extraña... dijo que huyera de aquí, que me fuera del castillo.

—¡Caray, qué imaginación! —saltó Maggy, divertida.

Joan expelió el humo y comentó:

—¡Con la de noches que he dormido en el castillo, y nunca me ha pasado nada semejante! No debo ser del tipo que les gusta a los fantasmas.

Jenny las miró con el ceño fruncido. Quizá ellas tuvieran razón y estaba portándose como una pusilánime.

Sonrió al fin.

—De acuerdo —asintió—. He hecho el tonto, lo siento. Temo que el coronel no me lo perdonará nunca.

—Oh, no te preocupes por él, no es tan fiero como parece. ¿Estás segura que quieres quedarte sola? Puedes dormir con cualquiera de nosotras si lo prefieres.

—Gracias, pero esta habitación es maravillosa. Trataré de no tener más pesadillas.

Apagaron los cigarrillos en un cenicero. Se disponían a regresar a sus dormitorios, cuando en la planta baja sonaron unos recios aldabonazos.

Jenny pegó un salto y exclamó:

—¿Qué fue eso?

—La puerta... alguien ha llamado.

—¿A estas horas?

Las dos primas se miraron. Maggy gritó:

—¡El fantasma!

Y echó a correr hacia su cuarto. Joan la siguió y ambas aparecieron casi al instante con un batín cubriéndoles el pijama.

Jenny se envolvió también en el suyo y corrió tras ellas escaleras abajo.

Una sola lámpara alumbraba el lóbrego y enorme vestíbulo, en cada uno de cuyos ángulos se erguían viejas armaduras medievales. Las sombras poblaban la mayor parte de él cuando las tres muchachas irrumpieron abajo. Maggy encendió las otras luces en el momento en que de nuevo sonaban unos fuertes aldabonazos en la recia puerta de roble claveteado.

Joan y ella descorrieron los antiguos cerrojos. Jenny contuvo el aliento cuando la pesada puerta giró. Esperaba ver aparecer cualquier ser del otro mundo. Después de su anterior experiencia, no le hubiera sorprendido ver a un demonio con cuernos y rabo.

El hombre que dio un paso entrando en la zona de luz no tenía ni rabo ni cuernos.

Era alto, de hombros poderosos bajo una chaqueta deportiva. Tenía el cabello negro con sombras grises en las sienes y parecía tan sólido como una roca. Lo más opuesto a un fantasma tradicional.

—Hola —dijo con desparpajo—. Lamento si he interrumpido sus sueños.

Maggy y Joan le examinaron con descaro. Luego, Maggy indagó:

—¿Se parece al que viste en la ventana, Jenny?

—No — balbuceó ésta, avergonzada.

—¿No es tu fantasma?

El dijo:

—¿De qué están hablando? Imagino que esto no será un manicomio, ¿eh?

—¿Quién es usted, para empezar?

El dio otro paso y cerró la puerta tranquilamente. Corrió los cerrojos otra vez como si fuera el dueño de la casa.

—Me llamo Frank — se presentó—. ¿Saben una cosa? Mi coche se averió en la carretera, casi delante de la verja de este lugar. Pero el caso es que no estoy aquí por accidente, sino que venía a Dunster Manor. Porque éste es el castillo de Dunster Manor. ¿O no?

—Ya lo creo que sí—exclamó Maggy.

—Bien...

—Oiga, díganos su nombre completo —insistió Joan.

El suspiró.

—Espero que hayan oído hablar de mí por lo menos. Soy Frank Shannon.

Las dos primas se miraron, perplejas. Luego se volvieron hacia Jenny.

—Oye, nena, ¿es algún amigo tuyo? — le espetó Joan. Ella sacudió la cabeza.

—No le había visto en mi vida — aseguró.

—¿Por qué cree que hemos oído hablar de usted? El miró a Maggy, que era quien había formulado la pregunta.

—Bueno, mi tío se llamaba Mulrooney —explicó—. De modo que soy un pariente más o menos lejano de los propietarios de esta fortaleza.

—¡Esto sí que es grande! —Resopló Joan, incrédula hasta el pasmo —, Quiere hacernos creer que es pariente nuestro.

—¿Ustedes se llaman también Mulrooney?

—Yo sí. Soy sobrina directa del coronel.

—Entonces, somos primos lejanos o algo parecido.

—¡Y un cuerno! Alguien hubiera hablado de usted alguna vez.

El miró a Jenny como poniéndola por testigo de tanta incomprensión. Parpadeó al fijarse detenidamente en el bellísimo rostro de la muchacha.

—¿También eres parienta mía? —le espetó sin rodeos.

—No... soy sólo una invitada.

—Me alegro de conocerte.

—Usted no me conoce.

—Pero te conoceré a partir de ahora, seguro. Bueno, ¿nadie se alegra de mi llegada?

—Es usted un farsante como la copa de un pino

—soltó Joan, indignada—. Si cree que va a...

—Querida primita... ¿puedo llamarte así? Seguro que sí. Querida primita, puedo aportar pruebas de mi ascendencia. Pero de todos modos, estoy seguro que algún miembro mayor de la familia debe conocer la existencia de mi tío Mulrooney... Bueno, mi difunto tío Mulrooney. Murió hace unos meses.

Maggy murmuró:

—Recuerdo que hace mucho tiempo, alguien comentó que había una rama de esta familia desperdigada por los Estados Unidos.

—¡Ajá! Yo soy un brote de esa rama.

—Por cierto —dijo Joan de pronto—. ¿Dónde está el coronel? Debe haber oído los aldabonazos...

—Tienes razón. Es extraño que no haya acudido a ver quién llamaba a estas horas de la noche.

Maggy se dirigió al fondo del vestíbulo.

—Iré a ver —dijo—. Quizá él sepa de lo que estamos hablando aquí. Además, debe saber que tenemos un forastero en la casa.

Cuando hubo desaparecido, él indagó:

—Oigan, ¿qué era eso de un fantasma? Lo dijeron cuando entré... ¿Querían tomarme el pelo?

Joan rió entre dientes, pero Jenny se quedó callada, aún nerviosa por todo lo sucedido.

—Mi amiga vio uno en su ventana, esta noche.

—¡No me digas!

Jenny se vio forzada a intervenir.

—Yo no dije que fuera un fantasma, sino que alguien estaba fuera, intentando abrir mi ventana.

—¿Nadie ha oído hablar de ladrones en este país?

—aventuró Shannon —. En América son cosas de todos los días, y suelen colarse por las ventanas.

Jenny sacudió la cabeza.

—No era un ladrón.

—¿Cómo puedes asegurarlo?

—Porque aquella cara... ¡Dios! Ni siquiera sé si era una cara. Era como un rostro casi sin facciones, pero era algo vivo, de eso sí estoy segura.

El se rascó la nuca, perplejo.

—Me parece que alguien quiere burlarse de mí.

—Ojalá fuera una broma —murmuró Jenny.

Su amiga añadió con sorna:

—También oyó extrañas voces.

—¿Voces? Pero ¿dónde me he metido yo? —Resopló el inesperado visitante—. ¿Quieres decir que además de verlos, los fantasmas, aquí, hablan?

Joan soltó una carcajada, pero Jenny no tenía malditas las ganas de reír.

Cambiando de tema con aquella pasmosa facilidad de que hacía gala, Frank Shannon preguntó:

—Ese coronel Mulrooney... ¿Es el jefe del clan? Quiero decir, el jefe de la familia actual...

—Ya puede apostar que lo es. Gobierna su escaso patrimonio como el Regimiento de la Guardia que mandó en sus tiempos.

—Entiendo...

La llegada de Maggy, pálida y agitada, interrumpió la charla bruscamente.

—¡El coronel! —exclamó—. No lo encuentro por ninguna parte... Ha desaparecido.

CAPITULO III

La habitación del coronel Mulrooney estaba en la planta baja, al lado de su amada biblioteca donde pasaba la mayor parte de su tiempo.

Al asomarse a ella, las muchachas y Shannon vieron la cama revuelta, la luz de la mesilla encendida y nada más.

Bien, también vieron sobre una silla sus ropas. El severo traje que solía vestir ordinariamente, su camisa y corbata de lazo y sus zapatos.

—No puede haberse marchado en pijama y una bata

—dijo Joan, inquieta.

—Y en zapatillas, con la noche tan fría que hace.

—¿Has comprobado que no esté en cualquier otra dependencia del castillo? —Aventuró Shannon—. Este edificio es inmenso por lo que he visto desde el jardín...

—Pero sólo una pequeña parte de él está habilitada para vivir. Concretamente, ésta en que estamos, el ala norte. El resto permanece cerrado siempre, porque mantenerlo en servicio exige un batallón de sirvientes, y nosotros no somos tan ricos como para eso.

—Ya veo.

—Habrá que preguntar a Chalmers —dijo Joan—. Y las sirvientas... Tal vez ha ido a la cocina para prepararse un té. Le gusta tomarlo a todas horas.

—Pues vamos allá —Frank Shannon parecía tomarse la cosa como un juego.

A las muchachas les intrigaba su presencia, pero ante la incomprensible ausencia del coronel, casi agradecían que el forastero hubiera llegado tan oportunamente.

Echaron un vistazo primero a la cocina. Las luces estaban apagadas, pero el aire frío de la noche se colaba por la puerta abierta.

—Apuesto que ha salido por aquí —exclamó Shannon—. A menos, claro está, que acostumbren dejar las puertas abiertas de par en par durante la noche.

—No bromee. ¿Cómo vamos a dejar abierto en un lugar tan aislado como éste?

Allá fuera, en la negrura que se extendía pasada la puerta abierta, sonaron pasos leves sobre la gravilla.

Joan encendió la luz y los pasos se detuvieron un instante, para reanudarse apresuradamente después.

El coronel apareció, sobresaltado, en el umbral.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —Bufó, antes de apercibirse de la presencia del desconocido—. Y ese caballero...

—Me llamo Frank Shannon, señor —se presentó él mismo—. Tengo la esperanza de que usted sí haya oído mi nombre alguna vez.

—¿Shannon, de América?

—Nueva York.

—Sí... este... recuerdo que ese nombre era el del hombre que se casó con una prima nuestra...

—Mi padre, Henry Shannon.

—Bueno, de modo que tú...

—El hermano de mi madre murió hace unos meses. Hablaba mucho de este lugar, de Inglaterra y sus recuerdos. Bueno, decidí tomarme un descanso y conocerlo personalmente.

—Unas horas muy intempestivas para llegar de visita, a pesar de todo.

Shannon se encogió de hombros.

—La culpa la tienen los coches ingleses. Alquilé uno en Londres... un bonito coche, desde luego, pero más falso que un dólar de plomo. Tuve problemas con él desde el principio, y al fin se escacharró ahí delante de la verja. Un mal negocio.

—No estoy seguro de que me alegre de verte.

—Mi tío siempre dijo que él y su hermana, o sea, mi madre, habían sido los garbanzos negros de la familia. ¿Es por eso que no está seguro de lo que le inspira mi presencia?

—Exactamente.

—Bien, de cualquier modo, señor, no necesitamos congeniar usted y yo. Estaré aquí sólo unas horas. El tiempo de conocer un poco el lugar, y encontrar a alguien capaz de arreglar ese chisme que alquilé.

Mulrooney hizo una mueca desagradable, con los labios apretados bajo el mostacho.

Joan apartó el vidrioso tema preguntándole:

—¿Cómo se te ocurrió salir en pijama y bata, con ese aire frío que sopla fuera?

—Quise dar un vistazo por el jardín... Después de todo, Jenny muy bien pudo haber sorprendido un ladrón.

Jenny pensó que le había tomado mucho tiempo su vistazo al jardín, sobre todo soportando aquel vientecillo frío y desapacible. Además, el coronel parecía un tanto alterado y su rostro surcado de arrugas estaba pálido.

Joan dijo:

—Si realmente eres un pariente nuestro, Frank Shannon, creo que habremos de prepararte una habitación.

—Hay sirvientes para eso —gruñó Mulrooney—. Llama a Chalmers y que él despierte a la señora Murdock.

Joan se acercó a la pared y pulsó repetidamente un timbre.

Minutos más tarde., un soñoliento mayordomo envuelto en una bata negra apareció en la puerta, sobresaltado.

—¿Qué ocurre? —balbuceó, mirando sorprendido al desconocido.

—Hay que preparar una habitación para este caballero, Chalmers —ordenó el coronel, como si diera una orden de ataque a su regimiento—. Se quedará unos días con nosotros.

—Muy bien, señor. ¿La habitación del final del pasillo, señor?

—Estará bien en ésa, ciertamente.

Chalmers asintió y se fue.

Maggy propuso:

—Vayamos al salón. Deben quedar rescoldos en la chimenea. Estoy helada.

—Es una buena idea —asintió Joan.

De modo que se fueron todos a reavivar las brasas de la chimenea y pronto un alegre fuego de troncos chisporroteó caldeando la atmósfera.

Hubo un silencio incómodo cuando todos estuvieron acomodados frente al fuego, como si de: pronto nadie tuviera nada que decir.

Hasta que Shannon lo rompió al tiempo de encender un cigarrillo.

—Mi tío hablaba de las leyendas de este lugar, de las supersticiones de sus antepasados. Me gastará mientras esté aquí averiguar un poco más sobre esas historias, si no le importa, coronel.

Mulrooney le miró como si oírle le disgustara profundamente.

Pero antes que pudiera replicar se, oyó un grito más allá de la ventana.

Un grito aterrador, en cuya intensidad vibraba todo el pánico del mundo, todo el horror del infierno.

Fue un sonido delirante como nunca antes habían oído, algo que ponía los pelos de punta y escalofríos de muerte en los huesos.

Se miraron asustados. Shannon se levantó de un salto y exclamó:

—¡No me dirán que se trata de su fantasma esta vez!

El grito se repitió de nuevo, mucho más gorgoteante, como si el ser que lo profería acabara sus fuerzas, o fuera tanto el horror que le embargaba que ya no pudiera ni gritar.

Jenny sintió que sus piernas vacilaban. Recordaba aquella horrenda máscara de la ventana, aquella cara que no sabía Siquiera si lo fue.

Los demás, tras los primeros instantes de estupor, se dirigieron a la puerta presurosos.

No quería quedarse sola, de modo que echó a correr tras ellos. Justo cuando llegaban al vestíbulo, el mayordomo apareció en lo alto de las escaleras, pálido y asustado.

—¿Lo oyeron? —jadeó Chalmers, empezando a bajar.

Nadie le respondió. Shannon estaba descorriendo los cerrojos y luego abrió la puerta, lanzándose al exterior para sumergirse en la negra oscuridad de la noche.

Los demás trataron de seguirle, pero sólo dieron unos pasos cuando él se detuvo también, incapaz de ver nada más allá del resplandor del portal abierto.

Joan gritó:

—¡La esquina, Shannon, la ventana del salón está allí y el grito sonó casi frente a ella!

El hercúleo americano asintió y desapareció de su vista en un instante.

Tras una vacilación, estremeciéndose de miedo y de frío, todos fueron tras sus pasos.

En la esquina le vieron recortarse contra el resplandor de la ventana iluminada.

Cuando le alcanzaron, Shannon estaba inclinado sobre un oscuro bulto que había en el suelo.

—¡No se acerquen! —rugió con una voz y un tono que no le conocían —. Sólo usted, coronel.

Mulrooney soltó un bufido. Odiaba que nadie diera órdenes en su propia casa.

No obstante, avanzó solo hasta donde estaba el forastero.

El bulto del suelo era un hombre.

—¿Está muerto? —gruñó.

—¡Ya lo creo! Lo malo es «cómo» le han matado. Mire.

El coronel se inclinó. Vio la cara horriblemente destrozada, como si una bestia salvaje la hubiera desgarrado a zarpazos o dentelladas, y la garganta abierta de un modo espantoso. Por la enorme brecha burbujeaba la sangre.

—¡Santo Dios! —jadeó.

—¿Le conocía, coronel?

—Maldito si lo sé. ¿Cómo es posible reconocer a nadie con esos destrozos en la cara?

Las muchachas estaban tan intrigadas que no pudieron resistir la tentación y avanzaron hasta el grupo.

La primera en lanzar un grito de horror fue Maggy, quien tras esto retrocedió a trompicones y desapareció hacia la casa.

Jenny sintió deseos de vomitar y también se fue apresuradamente. Sólo Joan resistió unos instantes más, estremecida, y al fin no pudo ahogar un quejido, alejándose en pos de su amiga y su prima.

Mulrooney exclamó entonces:

—Habrá que avisar a la policía... lo malo es que tardarán horas en llegar.

—Mire, tiene algo en la mano...

Shannon abrió los agarrotados dedos de la mano derecha del cadáver. Un largo mechón de pelos como cerdas cayó al suelo.

—No comprendo... ¿Sabe usted qué clase de animal puede tener ese pelo, coronel?

—No... ¿cómo voy a saberlo?

Shannon tomó aquellos largos pelos. Eran duros y ásperos. Hubieran podido parecer pelos de oso, pero ningún oso del mundo tenía una pelambrera tan larga.

Mulrooney gruñó:

—Volvamos a la casa y llamemos a la policía, Shannon. Aquí estamos a merced del criminal. Ni usted ni yo estamos armados.

—¿Qué criminal? —Rezongó el americano—. No hay ningún hombre capaz de hacer un destrozo como ése...

—Quise decir, del animal que ha matado a ese hombre.

—Espere un momento.

Shannon empezó a registrar los bolsillos del cadáver. Tras él, Mulrooney soltó un bufido de cólera.

—¿Cómo se atreve? —chilló—. A la policía no le gustará que haya registrado usted...

—Debemos saber de quién se trata por lo menos.

Se interrumpió cuando sacó un pasaporte de un bolsillo. Se quedó unos instantes inmóvil, perplejo.

—Es un pasaporte norteamericano —dijo entre dientes—. El tipo se llamaba Richard Manson...

—¿Amigo suyo, tal vez, Shannon?

Este se levantó poco a poco, el rostro sombrío y preocupado.

—No lo había visto nunca — gruñó entre dientes —. Debe de haber muchos americanos en Inglaterra, digo yo.

Mulrooney le observó unos instantes con un sinfín de suspicacias en su mirada.

Después, sin decir una palabra, se fue hacia la casa con pasos resueltos.

Frank Shannon dio otro vistazo al cadáver. El espeluznante espectáculo le estremeció una vez más y al fin, dándole la espalda, siguió al viejo militar.

Cuando cerró la enorme puerta estaba tenso y desconcertado, porque el hecho de que un americano hubiera ido a hacerse matar justo en ese lugar era como para preocuparle, y muy profundamente.

CAPITULO IV

La habitación que le habían asignado era grande, con una cama con dosel que debía contar con algún centenar de años sobre sus recargadas maderas, una chimenea apagada, pesados cortinajes oscuros y algunos muebles tan ancianos como la cama colocados aquí y allá sin ningún orden.

Frank había cerrado la puerta al entrar y encendido un cigarrillo, que estuvo fumando hundido en una vieja butaca.

Había dejado al coronel camino del teléfono para llamar a la policía de Norwich, el lugar habitado más próximo. Las muchachas se habían encerrado en sus cuartos y un silencio de muerte flotaba en el inmenso caserón que era el viejo castillo.

No podía apartar de su imaginación el horrendo espectáculo de aquella cara y aquella garganta destrozadas por un ser dotado de una fuerza descomunal y una ferocidad sin límites. El hombre muerto había sido corpulento, fuerte. No hubiera podido vencerle un animal semejante a un lobo o algo así. Y un lobo tampoco tenía aquellos pelos tan largos...

Al pensar en eso se reprochó no haberlos guardado. Los había dejado encima del cuerpo para que los vieran los policías. Ahora pensó que tal vez el viento los desperdigara.

El torbellino de ideas que danzaban en su cabeza alejaba todo vestigio de sueño. De modo que estaba perfectamente despierto cuando aquello sucedió.

Primero fue como una premonición, como si alguien muy próximo turbara su soledad con su presencia.

Shannon miró en torno, extrañado. No había nadie en la habitación, naturalmente. No obstante, aquella desconcertante sensación seguía inquietándole.

Y entonces, la voz dijo:

—¡Márchate del castillo! El día se acerca y todos morirán... ¡Huye, vete!

Se levantó de un brinco. No le cabía duda de que había oído la voz y las extrañas palabras.

Volvió a mirar en torno, incluso se metió debajo del hueco de la chimenea y atisbo hacia el cono negro que se perdía en las alturas.

Estaba solo.

Total y absolutamente solo.

Encendió otro cigarrillo mientras intentaba comprender ese nuevo misterio.

No llegó a ninguna explicación válida.

Y como si el dueño de la voz quisiera disipar sus dudas, repitió:

—¡Huye o morirás con todos ellos!

Incongruentemente, Frank exclamó:

—¿Con quiénes?

—Todos los Mulrooney — dijo la voz.

Eso le dejó mudo.

Le había replicado a una pregunta. Entonces no era un fenómeno de su cerebro, algo que creyera oír sin oírlo en realidad.

—¿Quién eres, dónde diablos estás? — preguntó vivamente.

Esta vez no hubo réplica alguna.

—Si estás aquí, háblame— insistió—. ¿Quién eres?

Se avergonzó cuando sólo le respondió el más absoluto silencio. ¿Estaría volviéndose loco, hablándoles a las paredes?

Se rascó el cogote, perplejo. Cuando contara eso en Nueva York iban a reírse de él a mandíbula batiente...

Aunque, después de todo, quizá la cosa no tuviera nada de sobrenatural, de fenómeno del otro mundo.

Encendió todas las luces y comenzó a revisar el cuarto pulgada a pulgada. Los muebles, las tallas de la chimenea, los tapices y las ropas, los muros...

No quedó ni media pulgada por examinar en un trabajo paciente y largo que le llevó más de dos horas.

Esperaba encontrar algún diminuto micrófono autónomo como los que se habían puesto de moda últimamente.

No halló ni rastro de ningún artilugio.

Sin embargo, se negó a admitir fenómenos sobrenaturales. No estaba en la Edad Media, sino en el siglo XX, y venía del país más avanzado de la Tierra en todos los órdenes.

Debía existir una explicación lógica y racional.

Estaba devanándose los sesos intentando hallarla, cuando creyó oír el chasquido de una puerta en el pasillo. Apago las luces, abrió la de su cuarto y atisbo la penumbra de allá fuera.

No vio nada ni se produjo sonido alguno.

Estaban ocurriendo cosas muy raras, pensó.

Entonces hubo un apagado grito que le hizo dar un salto y salir resueltamente. Esa nueva voz había sido de mujer y no le cupo la menor duda de que la había escuchado.

Shannon titubeó sólo un instante. Luego, se precipitó hacia la puerta más próxima, que correspondía a la habitación de Jenny.

La abrió de golpe, sin contemplaciones.

Todo estaba oscuro allí dentro. Pero el rectángulo de la ventana se recortaba vagamente al fondo. Fue contra ese rectángulo apenas visible que distinguió la alta y negra silueta.

Estaba de pie a los pies de la cama, una forma imprecisa, como de alguien cubierto con una túnica negra de la cabeza a los pies.

En la cama, Jenny tenía los ojos desorbitados y la boca abierta y jadeante sin que ningún sonido brotara de ella.

—¡No se mueva! —barbotó Shannon, entrando y cerrando la puerta a sus espaldas.

La muchacha ladeó su cara aterrorizada hacia él. Shannon tanteó la pared y

encendió la luz.

En los primeros instantes la claridad le deslumbró.

Luego, vio que estaban solos él y la muchacha.

Del sombrío y negro personaje no quedaba el menor rastro.

—¿Por dónde se fue, lo viste? —gruñó, acercándose a la cama.

Ella boqueó, incapaz de formular un solo sonido.

Frank se sentó en el lecho, a su lado, y rodeándola con sus brazos la apretó contra su amplio tórax.

—Vamos, tranquilízate. Yo soy un tipo de carne y hueso.

Ella balbuceó:

—¡Estaba... ahí... mirándome...!

—¿Quién?

—No lo sé...

—Yo vi algo parecido a una sombra.

—¡Sí, sí! Pero se desvaneció y ya no hubo nada.

—Eso es imposible, Jenny. Debió largarse por algún sitio, aunque la luz me deslumbró unos momentos.

Ella sacudió la cabeza. Instintivamente rodeó el cuerpo de él con sus brazos, sobrecogida de espanto.

—¡Oh, no! —susurró—. Estaba ahí, a los pies de la cama. Cuando tú hablaste, se esfumó. ¡Te juro que lo vi! Se desvaneció como si jamás hubiera existido.

—Bueno, tómalo con calma. Los fantasmas no existen, pequeña. Y sólo un fantasma podría volatilizarse en el aire.

—Me habló, Shannon... dijo que si no me marchaba de aquí moriría como los demás.

—Lo mismo que a mí, sólo que en mi caso no vi ni siquiera esa sombra negra.

Sentía la fragancia tibia de la muchacha pegada a él y se emocionó,. A pesar de toda su larga y tumultuosa experiencia con mujeres, se emocionó.

Aspiró aquella fragancia y sintió como le penetraba hasta el fondo de sus instintos.

—Jenny...

—¿Qué está ocurriendo esta noche, Shannon?

—Me gustaría saberlo. Hay demasiadas cosas raras aquí que no comprendo.

Ella apartó un poco la cabeza y le miró fijo al fondo de sus ojos grises.

El esbozó una sonrisa. Luego, sin violencias, como si fuera lo más natural de este mundo, la besó.

Jenny tuvo el primer impulso de apartarse y abofetearlo.

Era inconcebible que él se atreviera a hacer eso cuando apenas se conocían, cuando ella estaba semidesnuda y en la cama.

Luego, sus ideas se embrollaron, porque nadie en sus cabales puede resistir semejante huracán de ansias despiertas y anhelantes, ni aquel fuego que

abrasaba sus labios deslizándose poco a poco hasta la última fibra de su cuerpo.

—Shannon...

Su voz se ahogó en la boca de él, que la sujetó aún más fuerte, sintiendo las duras y tibias sinuosidades de la muchacha atravesándole las ropas y llegando hasta su propia piel.

Les faltó el aliento y ella sacudió la cabeza.

—No debiste hacer eso, Shannon —le reprochó sin convicción.

—Creí que necesitabas un poco de ánimo.

—Y por poco no me ahogaste.

—Sin embargo, apuesto a que ahora te sientes mejor.

—No lo sé. Estoy confundida.

—Eso es bueno... ¡Eh! ¿Qué diablos...?

La soltó, levantándose de un salto y corriendo hacia la ventana.

Ella exclamó:

—¡No abras, Shannon!

—¡Estaba ahí, mirándonos!

—¿Quién?

—Bueno, lo ignoro. Pero era la mancha clara de una cara. ¡Estaba espiándonos, maldita sea su alma sucia!

Abrió la ventana de golpe y se asomó.

Bajo la ventana se abría el abismo negro hasta el suelo, casi ocho o nueve metros más abajo.

No vio nada ni a nadie. Se fijó en que una estrecha cornisa corría a lo largo de la fachada, pero ningún hombre podría deslizarse por ella sin romperse la crisma, sobre todo con las prisas con que debió hacerlo el que se esfumó con tanta rapidez.

—¡Maldita sea su estampa! —bufó—. ¿Por dónde se largó el tipo?

—¿Qué tipo, le viste bien?

—Bueno... bien, no. Era sólo el contorno de una cara, algo extraño porque no tenía facciones. Era como si las hubieran borrado... sólo una mancha.

—¡Lo mismo que yo vi la primera vez!

—No comprendo por dónde se fue.

—¡Yo también vi esa cosa horrible, Shannon!

—Cálmate. Puede tratarse de una máscara, un truco para ocultar la cara. No puede ser de otro modo.

—¿Y cómo se encarama hasta la ventana, y cómo desaparece sin dejar rastro?

—Eso es un misterio. Hay una cornisa ahí fuera en la que un hombre podría sostenerse, pero no correr por ella a menos de ser un fenómeno como equilibrista.

—¿Y la sombra negra, Shannon? —Le recordó la muchacha arrebujándose en las ropas de la cama—. Tú la viste, y yo también. Estaba ahí y vi sus ojos... parecían de fuego. No fue una alucinación.

—Hay que reflexionar con calma sobre todo eso. Sin duda existe una explicación razonable y lógica.

Ella sacudió la cabeza.

—Hay algo más, Shannon...

—¿Qué más?

—Cuando esa sombra negra apareció ahí, mirándome, perdí casi todas mis facultades. No podía gritar, ni hablar. Casi no podía siquiera pensar. Era como si me dominara.

—Eso se llama miedo. Fue el miedo lo que te paralizó. ¿Crees que puedes quedarte sola, Jenny?

—¡Que me muera si me quedo sola aquí!

—Entonces, ponte algo encima. Vamos a dar un vistazo abajo. Debe de haber huellas bajo esa ventana. Sobre todo si saltó desde la comisa, sus pies se hundirían en la tierra profundamente.

—¿Quieres decir que piensas salir otra vez?

—Naturalmente. Detesto que ningún sucio fisgón atisbé por la ventana cuando trato de hacerle el amor a una chica.

—No bromees con estas cosas,

—Vístete mientras voy un momento a mi cuarto.

Una vez en la habitación, Frank Shannon abrió su ligera maleta y revolvió entre sus ropas. Cuando volvió a cerrarla, teñía un revólver de calibre «38» y cañón corto en la mano.

Encontró a Jenny vestida cuando volvió a su lado y ambos se dirigieron en silencio hacia la escalera. Descendieron en la penumbra y atravesaron el enorme vestíbulo custodiado por las cuatro siniestras armaduras medievales.

Shannon abrió el portalón y una ráfaga de aire frío les sacudió, estremeciéndoles. Jenny musitó:

—Si te separas de mí empezaré a dar gritos, Shannon.

—Si te crees que yo no tengo miedo, estás loca. Procura que no sea yo quien empiece a gritar.

Ella se aferró a su brazo izquierdo. Frank llevaba la mano derecha metida en el bolsillo, acariciando la culata del revólver.

—Bueno, ahí está tu ventana, aún con la luz encendida. Demos un vistazo.

Se inclinó sobre la húmeda tierra y valiéndose de la llama del mechero buscó las huellas del hombre que les espiara.

No encontró ni una. Ni siquiera la tierra revuelta por unos pies apresurados.

Desconcertado, permaneció unos instantes inmóvil.

—Eso no tiene sentido — gruñó —. Ese fulano sólo puede haber saltado desde la cornisa. Y para hacerlo sin romperse el cuello debe ser un auténtico fenómeno. Sin embargo, no ha dejado ni la sombra de una huella en la tierra...

—¿No pudo deslizarse por la cornisa y desaparecer por la esquina?

—Eso es aún más imposible. No tuvo tiempo material antes de que yo abriera la ventana. Le hubiera visto a menos de correr como un galgo por una

superficie que tiene menos de un pie de ancho.

—Entonces...

El la miró y vio el pánico que comenzaba a chispear en los bellos ojos de Jenny.

Sonrió para tranquilizarla.

—No era un fantasma — dijo—. Métete eso en la cabeza y te sentirás mejor. ¿O vas a decirme que una chica inteligente, sofisticada y moderna como tú cree en aparecidos?

—Ya no estoy segura de si creo o no.

—Hay otra posibilidad, pero no podremos comprobarla hasta que sea de día.

—¿Tú crees?

—Que en lugar de saltar al jardín, se fuera hacia arriba.

—¿Cómo, volando igual que un murciélago?

—Con una cuerda, nena. Una cuerda y encaramándose por la fachada. Es una cosa muy fácil con esas enormes juntas entre los bloques de piedra.

—Entiendo... ¡Eh, tú quieres decir que lo que sea, se fue hacia arriba y entró en el castillo por alguna otra ventana!

—Cabe perfectamente esa posibilidad.

—Pudiste habértelo callado. ¿Cómo crees que podré volver a pegar ojo sabiendo eso?

—Es sólo una teoría, una posibilidad. De cualquier modo, y sólo debido a tu miedo, pasaré la noche contigo.

—¿Te dijeron alguna vez que eres un sinvergüenza, Frank Shannon?

—Oh, bueno, me llamaron cosas peores.

—Volvamos arriba, por favor. Estoy helándome.

—Espera un momento... aprovecharé para recoger algo que dejé encima del cuerpo de ese desgraciado. Eran unos pelos largos y duros, probablemente del animal que le atacó. Con ellos, la policía podrá averiguar de qué clase de bestia se trata.

—Bueno, pero date prisa.

Se fueron hacia la esquina, ahora a oscuras porque la luz de la biblioteca estaba apagada.

Sin embargo, no se necesitaba ninguna luz para descubrir que el cadáver había desaparecido.

No quedaba de él ni el menor rastro.

CAPITULO V

El cerró la puerta de la habitación de Jenny y maquinal mente encendió un par de cigarrillos. Le dio uno a la muchacha y propuso:

—Decide si me quedo o vienes a mi propio cuarto, Jenny. Y ahora te aseguro que no tengo ningún deseo de bromear ni de hacer frases ingeniosas.

—¿Cómo puede haber desaparecido un muerto, Frank?

—Enterrándolo. Es lo más normal tratándose de un fiambre.

—Dijiste que no harías frases. Nadie se toma la molestia de enterrar a su víctima... y menos tratándose de un animal. Tú mismo encontraste esos pelos en el puño del muerto.

El se paseó de un lado a otro, fumando como si tuviera prisa por terminar el cigarrillo.

—Pasan cosas muy raras — mascullό—. Por ejemplo, el coronel hace horas que llamó a la policía, sin embargo aún no han llegado. Además, el hecho de que ese individuo fuera norteamericano no deja de preocuparme también. Es como si hubiera llegado hasta aquí siguiéndome los pasos.

—¿Por qué había de seguirte?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Oye, Frank... tu llegada fue algo muy raro. ¿Estás seguro que sólo viniste en viaje de turismo, para conocer el solar de tus antepasados?

El rió entre dientes.

—¿Qué otro motivo pude tener?

Ella le miró y acabó encogiéndose de hombros.

—No puedo saberlo, desde luego.

—Te aseguro que no soy ningún impostor.

—¿Por qué tu madre y su hermano emigraron a América? Tú dijiste que eran los garbanzos negros de la familia Mulrooney.

—Se fueron muy jóvenes. Por entonces todos ellos eran solteros todavía, incluso el coronel. Mi tío era un tipo bastante bohemio. Aficionado a la pintura, detestaba los convencionalismos sociales, el protocolo y todo eso. El y su hermana estaban muy unidos, profesaban las mismas ideas y las mismas aficiones. Sin embargo, su familia no estaba dispuesta a consentirles semejantes veleidades. Los Mulrooney, en esta parte del país, siempre fueron una especie de reyezuelos. En cierto modo, y según me contaron, eran tan respetados como la más alta aristocracia inglesa pueda serlo. De modo que liaron sus bártulos y se largaron.

—Comprendo.

—Mi tío nunca se casó, y acostumbraba a vivir largas temporadas con nosotros. Me contó infinidad de anécdotas de la familia, y por el supe que los Mulrooney, aparte de vivir en este castillo, consideraban que por encima de cualquier otra consideración, debe respetarse el prestigio, conservar la alcurnia nobiliaria, y sobre todo el respeto del círculo aristocrático en que

siempre han vivido.

—Eso lo creo. No hay más que ver al coronel.

—Pero todo eso no tiene nada que ver con nuestro actual problema.

—Tienes razón. ¿Crees que deberíamos despertar al coronel para informarle de la desaparición del cadáver?

—No creo que eso sirviera de nada. Ya lo averiguará cuando llegue la policía. Bien, ¿qué decides, nos quedamos aquí o en mi habitación?

—¿Has pensado lo que dirán los demás cuando sepan que hemos pasado la noche juntos?

—Si tanto te preocupa ese aspecto del problema, te dejaré sola y me iré a mi cuarto.

—No quiero morir de un susto. Cierra la puerta con llave. Pero si crees que vas a conseguir que yo pierda la cabeza, Frank Shannon, olvídalo.

El suspiró.

—Tienes ideas preconcebidas contra mí, preciosa. Tú dormirás en la cama y yo puedo hacerlo en esta butaca.

Fue a cerrar la puerta. Jenny le ordenó que se volviera de espaldas hasta que estuviera instalada en la cama y Shannon obedeció, divertido.

—Ya puedes volverte —autorizó la muchacha al fin.

Estaba tendida en la cama con la sábana cubriéndola hasta la barbilla. Frank la miró aprobadoramente.

—Lo que se pierde uno por ser un caballero —refunfuñó —. Se me ocurre que esta butaca debe ser condenadamente incómoda para dormir.

—Acércate a menos de dos pasos de la cama y empezaré a gritar.

—Nadie te oiría.

—Además, te partiría la cabeza.

El rió, fue hacia ella y la besó.

—Sólo para darte las buenas noches — aclaró al separarse.

—No lo repitas —balbuceó la muchacha—. Y corre las cortinas de la ventana, por favor.

Lo hizo antes de apagar la luz. Luego, fue a sentarse en la amplia butaca, buscó una postura cómoda y cerró los ojos en la oscuridad.

No consiguió dormirse. Empezaba a dar cabezadas cuando Jenny susurró:

—¿Estás dormido, Frank?

—Aún no.

—Entonces, ven aquí.

—¿Qué dices?

—Ven...

Se levantó de un salto y fue hacia ella.

En el pasillo, una sombra negra, alta y fantasmal, se deslizaba como si flotara en el aire...

CAPITULO VI

—No Dude llamar a la policía —explicó el coronel cuando se reunieron para el desayuno—. El teléfono no funcionaba, pero mandé a Chalmers tan pronto hubo amanecido a que los avisara. Se llevó un coche, de modo que llegarán pronto,

Shannon le observó con el ceño fruncido. Las tres muchachas estaban ya en la mesa, atendidas por la señora Murdock, una mujer de expresión ceñuda y triste que hacía las veces de ama de llaves y cocinera.

—¿Salió usted al jardín esta mañana, coronel? —preguntó Frank.

—Aún no. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque el cadáver que vimos anoche ha desaparecido.

Mulrooney dio un respingo.

—¿Qué quiere decir con eso de que ha desaparecido, alguien se lo ha llevado?

—Supongo que sí, dado que no estaba en condiciones de largarse por su propio pie.

—¡Maldita sea! ¿Y cómo lo sabe usted, cuándo salió?

—Anoche. Alguien rondó otra vez la ventana del cuarto de Jenny y salí a ver si conseguía descubrir quién era. Lo único que descubrí realmente fue la desaparición del hombre muerto.

Mulrooney achicó los ojos. A Shannon le pareció que hasta se le erizaba el mostacho.

—Hablemos claro, Shannon —refunfuñó el viejo militar—. El hombre muerto era americano, como usted...

—¿Y qué con eso?

—Se me ocurre que es muy extraño que apareciera aquí casi al mismo tiempo que usted. Pienso si no habría algo en común entre los dos, y que si usted salió anoche muy bien pudo llevar el cadáver lejos de aquí.

—No me diga. ¿Y por qué habría de hacer eso? Todos ustedes lo vieron. ¿Qué ganaba con hacerlo desaparecer?

—Quizá pensó que así la policía, sin cadáver, no podría profundizar en su relación con el hombre muerto.

Shannon sacudió la cabeza.

—Tonterías, coronel. No toqué a ese desgraciado después que lo dejamos allá fuera. Pero ahora lamento haberlo abandonado. Si hubiese sabido que usted no podía comunicar con la policía, hubiera tomado algunas precauciones.

Los ojos de basilisco del coronel Mulrooney le taladraron, cargados de suspicacias.

—Discutiremos todo esto cuando llegue la policía —decidió al fin.

Y sin más comentarios se dirigió a la mesa seguido de Shannon.

El desayuno transcurrió casi en completo silencio. La sirvienta iba y venía,

con su expresión sombría y ausente. Las muchachas apenas hablaban y Jenny, de vez en cuando, dirigía inquisitivas miradas hacia Frank Shannon.

En cierto modo, ese fin de semana no llevaba trazas de parecerse en nada al que la muchacha había soñado cuando abandonó Londres...

* * *

Los policías llegaron casi dos horas más tarde y su aspecto no infundió excesiva confianza en Shannon. Eran un sargento mofletudo y bonachón, y un agente joven que miraba con más interés a las chicas que al escenario del crimen.

—Efectivamente, la hierba conserva muchas manchas de sangre, coronel —dijo el sargento, levantándose trabajosamente—. Pero con eso sólo, usted sabe que no podremos hacer mucho.

—No exijo milagros, sargento — refunfuñó el viejo militar, con el mismo tono con que se habría dirigido en sus tiempos a los sargentos indígenas de su unidad de Lanceros, en la India—. Sólo intenten encontrar el cadáver y lo demás saldrá a la luz por sí solo, con el cuerpo para su examen.

—A juzgar por las heridas que describen, debe tratarse de un caso como el de aquel vagabundo, hace un año o dos, ¿recuerda?

Shannon aguzó el oído.

—¿Quiere decir que ya tuvieron antes otro crimen semejante?

—¡Oh, sí, señor! —Exclamó el sargento—. En aquella ocasión fue un vagabundo, un hombre al que nadie reclamó. Lo encontraron una noche, con la garganta desgarrada y otros destrozos en el pecho. Nunca pudimos identificarlo siquiera.

El coronel cortó, impaciente:

—Eso sucedió hace más de un año, sargento. Ocupémonos del crimen de anoche, si no le importa.

—Por supuesto, coronel. Ordenaré a todos los hombres de que pueda disponer que realicen una batida por estos contornos. Quizá hallen algún rastro de ese hombre muerto. Lástima que no se quedara usted con su pasaporte, señor... por lo menos sabríamos su nombre...

—Se llamaba Richard Manson —dijo Shannon—. Recuerdo perfectamente el nombre.

—Menos mal... eso nos ayudará mucho.

—Les hubieran ayudado más los pelos que sujetaba en su puño, sargento.

Este enarcó las cejas.

—¿Pelos? —balbuceó—. ¿Qué pelos?

—Debió arrancarlos del animal que le atacó. Eran largos e hirsutos, muy extraños, porque yo ignoro a qué clase de bestia puedan pertenecer.

—No hay fieras salvajes en este país, señor Shannon.

—¿No? Entonces, espero que pueda explicar usted quién o qué fue lo que mató a ese desgraciado destrozándole la garganta, lo mismo que a ese otro

individuo hace dos años.

—Quizá un perro rabioso...

—¿Un perro rabioso hubiera vivido dos años vagando por estos contornos sin atacar a nadie en todo el tiempo, sin morir a causa de su propia enfermedad, sin propagarla a infinidad de otros animales?

Esa pregunta de Shannon se quedó sin respuesta.

—Hasta que encontremos el cadáver no podremos aventurar ninguna hipótesis —sentenció el sargento, fastidiado—. Les mantendré informados de lo que averigüemos, coronel.

—No deje de hacerlo. Aquí todos estamos muy intranquilos...

De modo que los policías se fueron a bordo de su pequeño «Hillman», y Shannon y el militar regresaron al interior del castillo.

El coronel fue a encerrarse en la biblioteca. Shannon se preguntó por dónde andarían las chicas y se entretuvo en el vestíbulo encendiendo un cigarrillo.

Su mirada cayó sobre el aparato telefónico que estaba sobre una recargada mesita. Instintivamente, lo descolgó. Oyó el tono indicador de que la línea estaba libre.

Colgó, pensativo y preocupado. El teléfono funcionaba perfectamente.

Claro que si el coronel había reclamado por medio del mayordomo, podían haber restablecido la línea...

Al fin, más intrigado que nunca, volvió a salir decidido a ocuparse del coche que le había traído hasta allí. Ya era hora de intentar arreglarlo, aunque sólo fuera para no sentirse tan aislado en un lugar donde ocurrían cosas tan raras y donde la muerte campaba a sus anchas...

CAPITULO VII

El fuego crepitaba en la chimenea infundiendo calor de hogar al gran salón donde estaban reunidos.

Excepto el coronel, las tres muchachas y Shannon estaban allí, cansados de elaborar infinidad de teorías sobre la extraña muerte y desaparición del desconocido.

Naturalmente, no habían llegado a ninguna conclusión.

Jenny murmuró:

—No sé lo que haréis vosotras, pero yo pienso marcharme a primera hora de la mañana.

Joan arrojó el cigarrillo que estaba fumando a las brasas y murmuró:

—Yo pienso quedarme unos días más, aunque sólo sea para no dejar tan solo a mi tío.

—Yo me iré con Jenny — decidió Maggy, estremeciéndose visiblemente —. Tengo miedo.

Lo dijo con absoluta sencillez, como si pregonara la cosa más normal del mundo.

—Yo también — confesó Joan —. Pero después de todo el coronel se sentirá muy solo si nos vamos todos.

Desde la puerta, Mulrooney gruñó:

—Eso no debe preocuparte, querida sobrina. He vivido solo aquí durante muchos años para que ahora la soledad pueda preocuparme.

—De todos modos, tío, me quedaré contigo.

El sacudió la cabeza.

—Te irás con ellos, Joan —decidió el coronel—. Es lo más prudente dadas las circunstancias.

Shannon esperó a que Mulrooney se sentara en su butaca preferida frente al fuego y luego dijo:

—Opino que debes hacer lo que tu tío te dice, Joan. Hay algo que aún no hemos dicho, ni Jenny ni yo... Se trata de esa extraña voz que oímos.

Maggy enarcó las cejas.

—¿Tu también oíste el fantasma, Frank? —exclamó.

—¡Qué fantasma ni qué demonios! Oí una voz, o me pareció oírla. Lo malo no fue escucharla, sino lo que dijo. Aseguró que si me quedaba aquí, moriría junto con todos los Mulrooney.

Hubo un coro de débiles exclamaciones de estupor por parte de las jóvenes. El coronel no dijo una palabra, sólo se quedó mirando a Shannon como si quisiera descubrir en él evidencias de que estaba mintiendo.

O quizá pensara que había perdido la chaveta.

Joan murmuró:

—Eso me parece una estupidez, Frank. Ese hombre que murió anoche no se llamaba Mulrooney precisamente.

—Me limito a explicar lo que oí, Joan.

Impulsivamente, Jenny dijo:

—Cuéntales lo que viste en mi cuarto.

Shannon enarcó las cejas. Las dos primas les miraron con vivo interés.

—¿Estuvo en tu cuarto anoche? —le espetó Joan, riendo.

Jenny enrojeció. Frank respondió por ella.

—La oí gritar. Fui a su habitación y abrí la puerta. Tenía las luces apagadas, pero incluso a oscuras pude ver una silueta negra a los pies de la cama. La vi porque se recortaba contra la ventana. Luego, cuando encendí la luz, ya no había nada.

Maggy emitió un breve quejido. Mulrooney se limitó a soltar un bufido despectivo y se dedicó a atizar el fuego.

Joan sacudió la cabeza como si sintiera una profunda compasión por su amiga y dijo con ironía:

—Lamento haberte hecho venir, Jenny... Nunca pensé que tendrías unas experiencias tan desagradables. ¿Tú también viste ese fantasma negro?

—¡Te juro que estaba allí! Sólo era una silueta negra, como de alguien cubierto por una túnica... o un sudario, qué sé yo. Pero en su cabeza había unos ojos fulgurantes, como dos pequeñas llamas encendidas. No pude gritar. Me dominó el terror y apenas si pude res-pirar mientras duró aquel horror.

—Y entonces llegó Shannon — dijo Joan.

—Sí.

—Naturalmente, te echaste en sus brazos...

La amable ironía de su voz no turbó en absoluto a su amiga. La miró recto a los ojos y afirmó:

—Sí, y te aseguro que si alguna vez he deseado tener a un hombre de carne y hueso junto a mí fue anoche.

El coronel no compartía el sentido del humor de su sobrina. Su voz fue un seco gruñido.

—Eso son tonterías. Nadie en sus cabales cree en fantasmas en nuestros tiempos.

—Fantasmas o no — insistió Jenny—, me marcharé a primera hora de la mañana.

Hubo un silencio sólo turbado por el crepitar del fuego en la chimenea.

Quizá para romperlo, el coronel refunfuñó:

—Creo que nos sentaría bien un poco de jerez antes de la cena...

Pulsó el timbre llamando al mayordomo y de nuevo hubo un denso silencio.

Chalmers asomó por la puerta un minuto después y el coronel le pidió una botella de jerez.

La sombría expresión de la cara arrugada del mayordomo parecía haberse agudizado. Por unos instantes vaciló, como si quisiera replicarle a su amo, o como si tuviera algo importante que decirle.

Mulrooney le miró echando chispas.

—¿Y bien, qué ocurre, Chalmers, se ha terminado el jerez de nuestra bodega?

—No, señor, por supuesto que no.

Cerró la puerta y se fue meneando tristemente la cabeza.

Recorrió el dédalo de pasillos hasta la cocina. La señora Murdock daba los últimos toques a la cena y apenas le miró cuando atravesó el gran aposento, tomó las llaves de la bodega y volvió a salir.

Chalmers se internó por el lóbrego pasillo que daba a la puerta de la bodega. Había una bombilla pegada al techo que apenas disipaba las sombras.

Le pareció que una de aquellas sombras se movía. Se reprochó no haberle hablado francamente al coronel. Debía haberle dicho lo que llevaba madurando desde hacía tiempo, y que los últimos acontecimientos habían hecho ya urgente aclarar.

La sombra negra que se le había antojado algo vivo y amenazador estaba ahora quieta, pegada a la pared. Chalmers no le temía a las sombras que poblaban el castillo. Si hubiese sido un tipo pusilánime ya hubiera escapado de semejante lugar haría mucho tiempo, pero las sombras no eran más que eso, sombras debido a la poca luz, a los recovecos de aquellos muros ciclópeos y en parte a la imaginación temerosa de quien recorriera los interminables pasillos.

Descendió las escaleras tras encender otra bombilla que las iluminaba precariamente. Los peldaños eran de piedra y uno tenía que pisar con cuidado porque debido a la humedad eran resbaladizos como el demonio. Chalmers masculló un juramento cuando estuvo a punto de rodar escaleras abajo.

Abrió la puerta de la bodega. Aquel sótano sí que era un pozo negro en el que la bombilla que encendió apenas si alumbraba poco más que una vela.

Chalmers se detuvo en seco al penetrar allí dentro. Había entrado incontables veces en la bodega, pero nunca antes había sentido esa sensación de escalofrío que ahora experimentó.

Miró en torno, sobresaltado. Las polvorientas estanterías se alineaban aquí y allá, como siempre. Espesas telarañas protegían las más antiguas botellas donde envejecían caldos de un valor incalculable.

Suspiró. Estaba dejándose llevar por los nervios.

Avanzó hacia donde estaban las botellas de buen jerez español. Le pareció como si alguien estuviera espiándole y se volvió en redondo.

La puerta de viejo roble estaba abierta, tal como la había dejado, y en ella, alta, siniestra, había aquella extraña sombra negra. Sólo que ahora Chalmers supo que no era una sombra inanimada de las que formaban los recovecos de los muros, sino que era algo más. Tenía el contorno de alguien cubierto por un negro manto, un sudario que le cubría desde la cabeza a los pies.

Y en el lugar donde debía haber la cara de aquel ser increíble, brillaban dos puntos rojos, como fosforescentes. Dos ojos con toda la maldad del infierno.

Sintió que le castañeteaban los dientes.

—¿Quién... quién está ahí? —balbuceó.

Aquella cosa negra no se movió. Parecía esperar algo.

Chalmers atrapó una botella de jerez y la empuñó como una maza. Sentía el pánico culebrearle por todos sus miembros y se dijo que precisamente él no debería tener miedo. El menos que nadie.

Sin embargo, temblaba.

Oyó un crujido a sus espaldas, más allá de la estantería del jerez.

Se volvió de un salto.

Y entonces lo vio.

Estaba allí, agazapado, aproximándose paso a paso, aquel ser de pesadilla, aquello que era apenas una «cosa» animada.

La horrible pesadilla se le acercó paso a paso.

Chalmers emitió un quejido. De modo que había sucedido, que estaba allí...

—¡No! —balbuceó con una voz sollozante—. ¡A mí no!

Un sordo gruñido brotó de aquella cosa horrenda.

Chalmers intentó retroceder, sus pies se hicieron un lío y trastabilló.

Vio en un instante tantas cosas que nunca hubiera podido olvidarlas de haber vivido.

Vio la demoníaca expresión de aquellos ojos salvajes. Vio el brillo de unos colmillos como no podían existir otros en ningún otro ser viviente. Vio...

Las zarpas le atraparon entonces. Pudo emitir un espantoso alarido antes que los colmillos chascaran contra su carne.

Luego, lo que siguió fue una pesadilla delirante de sangre y muerte como no podría habérsele ocurrido a la mente más desquiciada del universo.

La sombra negra de ojos fulgurantes permaneció en la puerta de la bodega mientras la sangre corría a torrentes en torno al sirviente muerto. Luego, simplemente, se esfumó como si jamás hubiera estado allí.

CAPITULO VIII

El coronel empezaba a dar muestras de impaciencia por la tardanza del mayordomo, cuando la puerta se abrió violentamente y la señora Murdock entró como si la persiguieran.

Mulrooney bufó, colérico por aquella intromisión que resultaba intolerable en una sirvienta. Pero la mujer no estaba para reproches ni consideraciones en aquellos momentos.

—¡Chalmers, señor! —balbuceó, casi incapaz de hablar.

—¿Qué pasa con Chalmers? Hace horas que debiera...

—¡Le oí gritar, señor!

—¿Gritar?

—¡En la bodega, señor! ¡Fue a buscar algo... y oí cómo gritaba...!

Mulrooney se levantó, rígido.

—¿En la bodega? — exclamó.

La mujer asintió con enérgicos cabezazos.

Shannon se había levantado también.

—¿Qué fue lo que oyó? —quiso saber, tan tenso como un cable.

—Sólo un grito, señor —repitió la buena mujer—. Un grito horrible...

—¿Y no volvió a subir? —bufó el coronel.

—No, señor.

Shannon tronó:

—¿Dónde está la bodega? Guíeme...

Casi empujó a la mujer hacia la puerta. Mulrooney le atrapó de un zarpazo mirándole enfurecido.

—Señor Shannon —rugió—. Creo que olvida quién es el dueño aquí... Quédese con las muchachas, yo me ocuparé de ese inútil.

—Nadie grita sólo para oír su propia voz, y menos un hombre viejo que conoce perfectamente el terreno que pisa. Iré a ver.

Durante unos segundos Mulrooney pareció dispuesto a abofetearlo.

Era inconcebible que un forastero pretendiera disponer en su propia casa...

—Está bien —se rindió al fin—. No deseo dar un espectáculo delante de las jóvenes, pero después aclararemos la situación usted y yo, Shannon.

Este ya trotaba detrás de la señora Murdock, de modo que el coronel no tuvo más remedio que seguirles sin dejar de refunfuñar.

Cuando se hundió en el pozo de sombras que era la escalera de la bodega, Shannon sacó el revólver de cañón corto, lo amartilló, y se dispuso a volarle la cabeza a lo que fuera que surgiese de aquel antro.

Tras él, Mulrooney barbotó:

—¿Qué diablos cree, que se encuentra en Chicago? ¡Guarde esa pistola, Shannon!

Frank no le hizo el menor caso. Llegó abajo y se internó entre las estanterías.

La sangre anegaba el suelo, y el aspecto del desgraciado mayordomo no era como para levantarle el ánimo a nadie.

Shannon se quedó mirándolo helado, con un agudo escalofrío helado acariciándole el espinazo.

—Otra vez, coronel —dijo con un gruñido—. Y ahora dentro del castillo...

Mulrooney estaba lívido. Parecía haber perdido él toda aquella sangre y haber quedado con una piel tan blanca como la harina.

—¡Dios! —jadeó.

Shannon pensó si se echaría a llorar, tan quebrada resultó su voz.

—Del mismo modo —dijo—. Muerto del mismo modo que el otro...

Miró en torno. Era imposible penetrar las densas sombras de la bodega, allí donde no alcanzaba el resplandor agónico de la bombilla.

—¿No hay más luces aquí? —bufó, tenso.

—Algunas más...

—¡Enciéndalas! Puede estar escondido en cualquier parte.

—Espere.

—¡Aprisa, encienda las luces, maldita sea!

En otra ocasión, el coronel hubiera saltado hasta el techo al oír que le daban órdenes, a él, de aquel modo, a gritos.

Entonces no estaba en condiciones de discutir. Fue hacia los interruptores y encendió todas las luces de la enorme bodega.

Algunas bombillas amarillentas brillaron desperdigadas en los pasillos que formaban las altas estanterías. No disipaban todas las sombras ni remotamente, pero permitían moverse con cierta soltura, sin riesgo de romperse la crisma.

Con el revólver firmemente empuñado, Shannon se internó por aquel laberinto, agazapado, con pasos cautelosos. Esperaba ver un solo movimiento para clavarle a lo que fuera las seis balas blindadas del «Colt-Cobra».

No encontró nada.

Media hora más tarde, Shannon y el coronel estaban convencidos de que en la bodega no había nadie más que ellos y el destrozado cadáver de Chalmers.

—Salió por algún sitio que no es la escalera —dijo Shannon, rechinando los dientes—. Tiene que haber alguna salida oculta.

—¿Por qué? Pudo escapar escaleras arriba cuando la señora Murdock corrió a avisarnos.

—¿Sin dejar una sola huella de sangre? ¡Condenación! Esa bestia, o lo que sea, debió chorrear sangre después de esa carnicería. Hay manchas en torno, aunque imprecisas a causa del polvo. Pero terminan a unos pasos del cuerpo, cuando ese mismo polvo del suelo las empapó. Sin embargo, en la escalera quedaría alguna huella, digo yo.

Mulrooney debió admitir que Shannon estaba en lo cierto.

Luego, gruñó:

—Suba arriba y llame a la policía. Espero que el teléfono funcione esta

vez... Yo me quedaré vigilando aquí, Shannon.

Este le miró con el ceño fruncido.

—Oiga, ¿ha pensado que lo que sea que mata de ese modo puede volver?

—No me pillará desprevenido.

—¿Tiene usted un arma?

—Por supuesto que no...

—Bien, quédese con mi revólver en ese caso.

El coronel empuñó el 38 como si le repugnara su contacto. Shannon se lanzó escaleras arriba y encontró a las muchachas reunidas en la cocina junto a la señora Murdock.

Le miraron expectantes, sobrecogidas.

El dijo escuetamente:

—Chalmers está muerto. Del mismo modo que el hombre del jardín.

No hubo una sola exclamación. El horror las dejó mudas.

El se fue hacia el vestíbulo para llamar por teléfono.

Casi esperaba que el aparato estuviera desconectado, que no funcionara. Sin embargo, obtuvo la comunicación sin dificultad alguna y dio cuenta de lo sucedido.

La voz del gordo sargento era quebradiza cuando prometió ponerse en camino inmediatamente. Shannon colgó, y para entonces estaba mucho más desconcertado de lo que quería admitir.

Cuando se volvió, las mujeres estaban mirándole expectantes desde la puerta del salón.

—Vendrán ahora mismo — anunció —. Aunque quisiera saber qué podrá hacer ese gordo bonachón...

—Frank...

La voz de Jenny se quebró. El trató de sonreírle y sólo consiguió una mueca.

—Es mejor que te quedes ahí con todas las demás, incluida la señora Murdock —dijo, señalando el caldeado salón donde el fuego continuaba ardiendo alegre en la chimenea—. Volveremos en cuanto hayamos dispuesto lo que hay que hacer con el cuerpo. No quiero que desaparezca también.

Maggy susurró:

—¿Dónde está el coronel?

—Se quedó allá abajo. Le dejé mi revólver por si ese demonio, sea lo que sea, aparecía de nuevo.

—Espera, Frank — le atajó Jenny cuando se disponía a dejarlas—. ¿Qué crees que puede estar sucediendo aquí? En el jardín, pudo ser una bestia la que atacó a aquel desgraciado... pero ahora, dentro del castillo... ¿Qué opinas?

—No lo sé. Si es un animal salvaje, debe ser condenadamente astuto, porque de algún modo encontró una entrada secreta a la bodega. Si hay algo de lo que estoy seguro es que no huyó por las escaleras, y yo registré toda la bodega, así que sea lo que sea, piensa. Razona de algún modo y sabe abrir y cerrar una puerta secreta. Ahora, trata de comprenderlo y si lo consigues es

que tienes más inteligencia que yo.

—Un animal no puede hacer eso—dijo Joan, estremeciéndose.

—¿Y un ser humano puede matar de ese modo? Chalmers tiene los mismos destrozos que el hombre que encontramos en el jardín.

Las dejó devanándose los sesos, luchando contra el terror que las asaltaba, y regresó a la bodega.

Del coronel no había el menor rastro.

Shannon soltó un juramento y gritó:

—¡Coronel! ¿Dónde demonios está usted? ¡Respóndame!

No hubo respuesta alguna hasta casi un minuto después.

Entonces, lejana, la voz de Mulrooney dijo:

—No se alarme... estoy registrando la bodega.

—¡Maldita sea, no vale usted el susto que me dio!

Dio un vistazo al horrible cadáver y esperó. Pasaron casi dos minutos más antes de que el coronel apareciera entre dos estanterías. Seguía estando lívido y se había cubierto de polvo de arriba abajo.

—Nada — anunció—. Ni siquiera una huella en ninguna parte...

Instintivamente, tendió el revólver y Shannon se lo guardó en el bolsillo.

—Eso ya lo comprobé yo antes — dijo de mal talante, mirando fijamente al viejo militar—. Debe estar usted un poco loco, coronel, porque corrió un riesgo inútil.

—¿Qué riesgo?

—Pudieron atacarle estando solo aquí...

—Tenía la pistola.

—Claro. Y le había echado el seguro. ¿Qué pensó, que le darían tiempo de pedir explicaciones? Puso el seguro del revólver como si tuviera miedo de dispararlo.

—No me di cuenta... no estoy familiarizado con esas armas americanas.

—Coronel, todos los revólveres son parecidos, incluso los rusos.

—Está bien, le repito que debí hacerlo sin darme cuenta. ¿Qué pasó, pudo hablar con la policía?

—Están en camino.

—¿Y las muchachas, les dijo usted...?

—Naturalmente. Deben saber lo que sucede. Eso hará que permanezcan alerta ellas mismas.

—Y nosotros, ¿qué hacemos ahora, nos turnamos para vigilar ese cuerpo?

—Vamos a subirlo a la cocina. No me seduce la idea de permanecer durante horas aquí abajo, con tan poca luz. Pueden sorprenderle a uno con la misma facilidad que a un niño.

—Tiene usted miedo, Shannon.

—Eso puede usted jurarlo.

Mulrooney esbozó una mueca despectiva, pero no replicó.

De modo que entre los dos cargaron con el sangrante cadáver y lo tendieron en el suelo de la gran cocina. Shannon se ocupó de cerrar con llave

la puerta de la bodega, la que desde la cocina comunicaba con el exterior, y la que ellos utilizaron para salir hacia el salón. Sin una palabra, se embolsó todas las llaves y así fueron a reunirse con las chicas.

Shannon añadió un par de troncos al fuego y sin volverse, pensativo, dijo:

—Me temo que nos quedemos sin cenar esta noche... Dejamos el cuerpo en la cocina.

La señora Murdock susurró, sorbiendo las lágrimas:

—Tenía la cena a punto cuando... cuando el pobre Chalmers...

—Entonces cenaremos —dijo Shannon encendiendo un cigarrillo.

Ella sacudió la cabeza.

—No... no quiero verlo, señor...

—Por una vez no me importa ocupar el puesto del mayordomo, señora Murdock. Yo traeré la cena y ustedes se ocuparán del comedor.

El coronel emitió un gruñido despectivo. La idea de que un invitado se ocupara del trabajo de los sirvientes parecía disgustarle profundamente. Sin embargo, mantuvo los labios apretados y no pronunció una palabra.

Frank apuró el cigarrillo sentado ante el fuego. A su entorno oía las breves frases de las chicas pero no les prestaba atención. Al fin se levantó y tratando de dar un tono festivo a su voz dijo:

—Señoras, la cena estará servida en unos minutos.

Se fue hacia la puerta. Joan se levantó de un salto y se fue tras él.

—Creo que necesitarás ayuda, Shannon —dijo— Procuraré no mirar el... este... el cuerpo.

Así el misterioso americano se dispuso a servir de mayordomo...

CAPITULO IX

A pesar de sus propósitos, Joan no pudo evitar la visión horripilante del cadáver. Contuvo el aliento y se volvió, mirando a Shannon despavorida.

—¿Qué clase de monstruo es el que hizo eso, Frank?

—Maldito si lo sé. Una bestia feroz y salvaje no causaría esos destrozos... pero ninguna bestia tiene la inteligencia suficiente para abrir y cerrar puertas secretas, y no hay duda de que quien fuera que mató a Chalmers huyó por una salida oculta de la bodega.

La muchacha se plantó ante los fogones para huir de aquella pesadilla y se enfrascó en dar los últimos toques a la comida.

Tras ella, suavemente, Shannon le espetó:

—¿Qué significa para ti El dios de Djala?

Ella le miró por encima del hombro, intrigada.

—Nada — murmuró —. Es la primera vez que lo oigo.

—¿No estás familiarizada con las historias de la familia Mulrooney?

—He oído contar infinidad de anécdotas de todos, pero nunca oí ese nombre... ¿Cómo dijiste?

—Djala.

—No, estoy segura de no haberío oído nunca. ¿Qué es, Shannon?

Este encendió un cigarrillo, recostado contra la mesa.

—Todo lo que sé, se reduce casi a nada. Hay una figura de arte hindú que se llama así.

—¿Y qué tiene que ver con todo lo que está sucediendo?

—Yo no dije que tuviera nada que ver. Pero voy a decirte la verdad. Yo vine a causa de ella, de esa figura. Mi tío me habló de ella en ciertos términos que me hicieron volar a Inglaterra. Eso fue antes de morir él, y en sus condiciones un hombre no suele mentir.

—Ahora es cuando no lo comprendo, Frank. ¿Viniste a buscar esa figura?

—Ciertamente.

—¿Por qué? Quiero decir, ¿qué puede interesarte a ti una figura más o menos artística?

—La figura en sí, nada en absoluto. Pero en ella hay oculta una fortuna, Joan.

Ella sacudió la cabeza.

—He oído historias de fortunas ocultas durante toda mi vida —dijo con sarcasmo—. Ni una sola ha resultado cierta.

—Joan, esa fortuna, si existe, pertenece a los Mulrooney. Mi madre y mi tío llevaban ese apellido, de modo que una parte de ella me pertenece.

Ella se volvió a mirarlo.

—Pero ¿hablas en serio?

El asintió. Sonrió.

—Voy a decirte algo... Mi posición económica es buena, lo creas o no.

Pero esa historia de la fortuna escondida me fascinó desde que mi tío me la contó. Vine con ánimo de buscarla, no sólo por el dinero, sino por la emoción de descubrir algo que había permanecido oculto durante tantos años. Iba a ser una sensación nueva que raras veces se experimenta en nuestro tiempo mecanizado, calculado al segundo, donde hasta las emociones han sido dosificadas científicamente.

—Creo que te comprendo. Pero has perdido el tiempo, Shannon, además de meterte en un horror como ningún otro.

El soltó un gruñido.

—Hay algo más, Joan. Mi tío le habló de sus cosas a un individuo que no merecía su confianza. Ese individuo se llamaba Richard Manson.

—Manson... — de pronto a ella le faltó el aliento y su mirada se desorbitó —. ¡El hombre muerto en el jardín!

—El mismo. Me siguió sin ninguna duda. Estaba allá fuera cuando fue sorprendido.

—¡Dios del cielo!

—De modo que piensa un poco, por favor. ¿Hay esculturas orientales en el castillo? No es preciso que sean grandes. Pueden ser figuras de sobremesa o cosa así.

—Hay jarrones orientales, armas y tapices que se trajo el coronel de la India, cuando vino a Inglaterra destinado al Regimiento de la Guardia. Pero no puedo recordar ninguna cosa que se parezca a un dios indio ni nada semejante. No creo que entre todo ello haya siquiera una figura humana.

—Podría estar en la parte del castillo que no se utiliza, ¿no crees?

—Lo dudo. Hace años y años que no he visitado esa parte de Dunster Manor, pero si lo que buscas es una pequeña escultura india el coronel la habría traído a donde pudiera seguir viéndola, como le gusta admirar sus otros recuerdos.

—Sí, eso parece lógico. Sin embargo, me gustaría mucho recorrer toda esa parte cerrada.

—Al coronel no le gustaría, Frank...

Tras una ligera pausa, mientras apagaba los fuegos y se disponía a retirar la cena, él dijo suavemente:

—¿No se te ha ocurrido que el criminal, sea lo que sea, puede ocultarse en toda esa zona cerrada? Debe de haber multitud de buenos escondrijos allí.

Ella se quedó rígida y poco a poco se volvió hacia él.

—Es cierto —balbuceó—. Y esa idea es algo horrible, Frank... ¡Dios! Pensar que puede estar ahí, tan próximo a nosotros...

—Es sólo una posibilidad, Joan.

—Pero una posibilidad espantosa.

—Vamos a llevar la cena, o se impacientarán. Hablaremos otra vez de todo eso.

Realmente, estaban ya inquietos por su demora. La cena transcurrió en un sombrío silencio. Luego, todos fueron de nuevo al salón donde crepitaban las

llamas en la chimenea.

Allí, Frank Shannon, tras una seña de complicidad con Joan, propuso:

—Opino que deberíamos registrar usted y yo la zona del castillo que permanece fuera de servicio, coronel.

Este dio un respingo y le miró echando chispas.

—¿Para qué? —bufó—. ¿Tiene tanto miedo que piensa realmente que el criminal se esconde dentro del castillo?

—Sólo los imbéciles no tienen miedo —dijo Shannon secamente—. Hay algo asesino en estas proximidades. Eso podemos afirmarlo porque no se alejó después de matar una vez, sino que está al acecho de otras víctimas como el pobre Chalmers. Hombre o bestia, necesita un refugio, una madriguera donde ocultarse y sentirse seguro mientras se prepara para matar otra vez.

—No le permitiré que revuelva todo el castillo sólo por una estupidez como ésta, Shannon. Y déjeme decirle que ya le he permitido hasta ahora más libertades de las que hubiera concedido nunca a un extraño.

—Su autoridad está muy bien... cuando no pone en peligro las vidas de quienes le rodean Quizá si hubiésemos registrado el castillo de arriba abajo después del primer golpe descargado contra Richard Manson, ahora Chalmers aún viviría.

El coronel pareció dispuesto a replicar violentamente. Luego lo pensó mejor y sólo dijo:

—Espero que se vaya de aquí en cuanto amanezca, Shannon. Jamás he permitido a nadie que me dijera lo que debía hacer, ni cómo hacerlo, ni cuándo. Siempre fui yo quien dispuso y ordenó en el castillo. Por si lo ignora, los Mulrooney tienen aquí tanto prestigio como la propia familia real.

—Creo que a usted se le paró el reloj hace muchos años, coronel...

Con un furioso resoplido, el viejo militar se levantó y apenas sin despedirse abandonó el salón pisando como si marcara el paso.

Maggy susurró:

—No debiste hablarle en ese tono, Shannon...

—Estaba buscándolo. ¿Es que nadie se da cuenta de que es más que probable que ese ser sanguinario se oculte en el castillo?

—Tal vez no sea así.

—¿No? Bueno, hace un par de años o poco menos, mató a un vagabundo, y fue en las proximidades del parque. Lo dijo el sargento cuando estuvo aquí. La otra noche volvió a matar ahí fuera... lo que quiere decir que no podía estar lejos. Y esta noche ha asesinado al mayordomo en la mismísima bodega, lo que indica que no sólo estaba cerca, sino «dentro» del castillo, ¿Por dónde entró y salió, alguien puede explicarlo?

Nadie pudo, claro. Sólo cambiaron miradas sobresaltadas.

De nuevo se prolongó un tenso silencio, roto de vez en cuando por los amargos suspiros de la señora Murdock, que permanecía un ñoco aparte, hundida en una butaca.

Una hora más tarde llegaron los policías.

CAPITULO X

El más impresionado parecía el propio sargento, quizá porque imaginaba la tormenta que se le vendría encima si aquella racha de crímenes se prolongaba sin que pudieran ponerle remedio.

Había contemplado el cadáver, habían descendido a la bodega para examinar el lugar del asesinato, y, valiéndose de una potente linterna eléctrica, el sargento, Shannon y el coronel, revisaron una vez más el extenso sótano lleno de telarañas y botellas de afamadas marcas, sin hallar ni rastro de una salida secreta por la que el criminal hubiera podido huir.

Cuando se reunieron con las mujeres, en el salón, el coronel atizó el fuego como si necesitara algo urgente en que ocuparse. Estaba más sombrío que nunca y a simple vista se adivinaba que en aquellas horas había envejecido diez años.

En su cabeza zumbaban las últimas palabras del sargento antes de abandonar la bodega. Y en su corazón burbujeaba la cólera contra Shannon por haberlas provocado.

—¿Qué decide usted, coronel? —insistió el sargento, apurado porque siempre había sentido un inmenso respeto por el viejo militar.

—Me parece una solemne tontería, ni más ni menos.

—Lamento disentir, coronel —dijo el hombre casi con humildad, pero con una firmeza que no pasó desapercibida a nadie de cuantos escuchaban—. La idea del señor Shannon de registrar el castillo me parece muy acertada. Ese engendro, sea lo que sea, necesita un escondrijo. ¿Y cuál mejor que esa inmensa ala del castillo cerrada, y fuera de servicio desde hace tantos años?

De pronto, Joan intervino, y lo hizo en tono resuelto, firme.

—Tienen razón, tío. Me parece jugar con fuego negarnos a comprobar una cosa tan sencilla... y tan grave al mismo tiempo.

El coronel la fulminó con la mirada.

—Está bien. Si hasta mi propia familia insiste en cometer una tontería no seré yo quien lo impida. Tienen mi permiso para levantar hasta las piedras si quieren.

—Gracias, señor —murmuró el sargento—. Mis hombres y yo empezaremos ahora mismo, si no le importa. El señor Shannon puede ayudamos si lo desea... aunque debo hacer hincapié en que puede existir un grave riesgo, si el criminal, sea hombre o bestia, se oculta en el castillo.

Shannon gruñó:

—Iré con ustedes.

Apurado, el sargento paseó la mirada por las tres muchachas y el ama de llaves. Luego miró al coronel.

—Creo que usted debería quedarse aquí, señor, para que las señoritas no estuvieran solas. La búsqueda puede prolongarse durante horas.

Mulrooney se encogió de hombros. Ostensiblemente, se hundió en una

butaca frente a las llamas de la chimenea y pareció desentenderse de todo lo demás.

Joan explicó:

—Hay una entrada al resto del castillo al fondo del vestíbulo. Debe estar la llave junto al portón. Las demás de los pisos están cerradas y no sé donde estarán las llaves... ¿Lo sabes tú, tío?

—Sólo Chalmers lo sabía. El se ocupó de guardarlas...

Shannon se encaminó al vestíbulo en compañía del sargento y los dos agentes. Uno de ellos fue al coche que les había traído y regresó con una potente linterna eléctrica para cada uno.

—Creo que deberíamos dividirnos en dos parejas —propuso el sargento—. Ustedes dos registrarán el ala este, El señor Shannon y yo nos ocuparemos del resto. Y no quiero héroes, en caso de que encuentren algo. ¿Entienden?

Asintieron. Shannon abrió la pesada puerta, cuyos goznes rechinaron lastimeramente, y se enfrentó con un pozo de sombras negro como la tinta.

Iniciaron el registro paso a paso, viendo así incontables aposentos llenos de polvo, con los muebles cubiertos por fantasmales fundas blancas que habían cambiado de color con los años.

Salones, dormitorios, salas y comedores se sucedieron en un recorrido tenso y alucinante. Las armaduras decorativas que llenaban los pasillos semejaban seres vivos prontos a entrar en combate. Un combate de ultratumba que ninguno de los hombres que se movían aquí y allá deseaba.

En un momento determinado, el sargento gruñó, desalentado:

—El coronel tenía razón, Shannon. Estamos perdiendo el tiempo.

—Había que hacerlo.

—Sí, claro. Veamos esa puerta...

La abrió y aparecieron unos escalones de piedra que desaparecían hacia arriba. La escalera de caracol era estrecha y lóbrega.

—Debe corresponder a esa torre que ocupa el ángulo oeste de los muros —refunfuñó el sargento—. ¿Cree que debemos continuar?

—Ya que empezamos...

Empezaron a subir. Minutos después, tras abrir otra rechinante puertecita, salieron al exterior, en la cumbre del torreón. Bajo ellos, la noche era un lago de sombras impenetrables.

Refunfuñando, el sargento volvió a bajar seguido de Shannon. Este fijó la luz en las paredes de recias piedras. Se maravilló una vez más de ese modo de construir impresionante.

Luego, de pronto, la luz descubrió una estrecha puerta de hierro.

—¡Mire eso, sargento! —exclamó—. Al subir nos pasó desapercibida.

—Está cerrada... No comprendo cómo puede haber una habitación en el muro, porque si no me equivoco aún estamos en el cuerpo de la torre.

Shannon examinó la cerradura. Era antigua, mohosa y con trazas de no haber sido abierta en muchos años.

No obstante gruñó:

—Quiero saber qué hay al otro lado, sargento.
—Sin la llave no hay fuerza humana capaz de abrir esa puerta.
Shannon titubeó. Sintió tentaciones de disparar contra la cerradura, pero lo dejó correr porque imaginó que el sargento no estaría precisamente conforme con semejante brutalidad.
Reanudaron el descenso. Entonces, Shannon se detuvo en seco y gruñó:
—¿Oyó usted eso, sargento?
—¿Qué?
—Arriba... como un chasquido metálico.
—No oí nada. Vamos, démonos prisa o mis hombres empezarán a buscarnos a nosotros.
—Estoy seguro que algo se ha movido arriba, sargento. Deberíamos echar otro vistazo.
El obeso policía suspiró, disgustado. Subir aquellas endiabladas escaleras acababa con sus fuerzas.
Shannon buscaba una réplica cuando de nuevo pareció captar aquella voz sombría, extraña, que parecía estar dentro de su propio cerebro o flotar en el espacio llenándolo todo.
—¡Vete de aquí porque ésta es la noche!
—¿Tampoco oye usted esa voz, sargento? — jadeó.
—¡Maldita sea, hombre! ¿Qué voz?
—¿Estaré volviéndome loco?
—¡Lo que buscas está a tu alcance! — siguió aquella voz que no lo era —. Llévatelo y huye. ¡HUYE PORQUE ES LA ÚLTIMA NOCHE DE VIDA DE LOS MULROONEY!
—¿Dónde estás, quién habla? — balbuceó Shannon.
—¡Nadie, condenación! —Bufó el sargento—. ¿Qué pasa con usted, Shannon?
—¡Sígame!
Echó a correr escaleras arriba. Resoplando y maldiciendo, el obeso policía se fue tras él y casi deseó que el americano se rompiera las piernas de una vez.
Shannon estaba parado delante de la puerta de hierro cuando le alcanzó. El haz de su linterna enfocaba la cerradura.
Había una llave inserta en ella.
El sargento abrió la boca, estupefacto.
—¿Ve usted lo mismo que yo, sargento?
—¿Cómo infiernos llegó ahí esta llave? — tronó el policía cuando recobró la voz.
—No lo sé... oí un chasquido metálico, y luego esa voz...
—Pero ¿qué voz? Yo no oí más que la suya, Shannon.
Este alargó la mano y dio vuelta a la llave. La cerradura se resistió y cuando al fin cedió lo hizo con un seco crujido.
—Alumbre el interior cuando yo abra, sargento...

El empuñó el revólver y lo amartilló. Empujó la puerta y los goznes rechinaron de modo interminable.

La luz de dos linternas empuñadas por el policía barrió las tinieblas del reducido espacio que apareció al otro lado. Era una estancia diminuta, poco más del grosor de los ciclópeos muros de piedra. Estaba llena de polvo y telarañas y además contenía un par de muebles que parecían abandonados allí desde la misma época en que el castillo fuera construido.

Pero había algo más. Algo que no podía datar de aquella época.

La extraña figura rodeada de telarañas estaba sobre una mesa de madera carcomida.

Shannon atrapó una linterna y enfocándola sobre el ídolo lo examinó de cerca.

Era sin duda una deidad hindú, extraña y siniestra, sentada sobre un grueso pedestal de oro. De no haber tenido aquel aspecto siniestro pudiera haber sido confundida con un Buda.

—¿Qué es eso? — gruñó el sargento.

—El dios de Djala.

Shannon limpió el ídolo de las telarañas y mirando al sargento dijo:

—No era exactamente lo que buscábamos, pero lo llevaremos abajo.

—¡Maldito si me importa ese chisme! Lo que me preocupa es esa llave. ¿Quién demonios la colocó en la cerradura sin que nosotros le viéramos?

—Casi prefiero no saberlo, sargento. Jamás hubiera pensado que yo acabaría creyendo en fantasmas.

Descendían apresuradamente. El sargento volvió la cabeza y le miró estupefacto.

—¿Fantasmas?—exclamó—. ¿Pretende insinuar que fue un fantasma quien colocó esa llave en la cerradura?

—Fantasma, aparecido, sombra del Más Allá... De algún modo hay que llamarlo.

—¿A quién?

—Tampoco lo sé.

En el vestíbulo esperaba uno de los agentes. Saludó al sargento y explicó:

—No encontramos nada, señor. Mi compañero está en el salón, con las señoritas.

—¿No estaba allí el coronel?

—Al parecer se encontraba indispuesto y dijo que iría a descansar a su cuarto. Pero exigió que se le llamara cuando ustedes estuvieran de regreso.

—Muy bien, vaya a buscarle. Estaremos en el salón.

Fueron a reunirse con las muchachas, el policía y la señora Murdock. Joan casi lanzó un grito al ver el ídolo que Shannon llevaba entre manos.

—¡Frank! —balbuceó—. Lo encontraste...

—Y de un modo que es para volverse loco.

—¿Qué es eso? — indagó Jenny.

Shannon lo colocó sobre la mesa y volvió a examinar el pedestal de oro

con extremado cuidado.

Ninguno de ellos advirtió la llegada del coronel y el otro policía hasta que el viejo Mulrooney llegó junto al grupo.

Entonces no pudo contener un grito y apartando a Maggy de un empellón se colocó frente a Shannon.

—¿Qué hizo usted, forzó una puerta, Shannon? — rugió.

—No, señor. Alguien puso una llave en la cerradura.

—¡Miente! Esa llave no existe.

—¿Cómo puede afirmarlo?

—¡Yo personalmente la destruí!

Shannon se estremeció y reinó un largo y tenso silencio.

Luego, suavemente, el americano sólo preguntó:

—¿Por qué, coronel? Hay una fortuna en esta figura.

—¡Fortuna! Hay el infierno en ella, eso es lo que hay.

—Explíquese.

—No tengo nada que decir. Exijo que me devuelva usted ese ídolo sin tocarlo.

—Mi tío me explicó que esa figura debía estar oculta en alguna parte del castillo. Aseguró que una parte de esa fortuna le pertenecía, pero a mí me interesa más el ídolo en sí que lo encerrado dentro de él. ¿Quiere explicarnos el significado, coronel?

—¡Que me condene si lo hago!

—Entonces, dígame cómo se abre el pedestal.

—¿Abrirlo? Nunca lo supe... es macizo.

—Veremos.

Shannon tomó asiento y procedió a un nuevo, meticuloso y largo examen de la figura, tanteándola suavemente con los dedos aquí y allá, presionando la cabeza del ídolo, los brazos y los pies.

Sonó un leve crujido. Empujó la figura hacia atrás y ésta cedió, y con ella toda la parte superior de la peana.

El interior del pedestal estaba hueco y contenía una bolsa de gamuza protegida por algo parecido a algodón.

Todos contenían hasta el aliento. Shannon sacó la bolsa y abriéndola derramó su contenido sobre la mesa.

Una catarata de diamantes se desparramó bajo la luz. Chispearon con mil reflejos, increíblemente bellos, fantásticos.

—Bien, mi tío tuvo razón después de todo —balbuceó Shannon, tan impresionado como todos los demás.

Cuando el primer impacto emocional hubo cedido, Joan susurró:

—¿Sabes el valor de esos diamantes, Frank?

Este sacudió la cabeza.

Fue el coronel quien murmuró:

—Más de quinientas mil libras...

De nuevo el estupor les dejó mudos. Después, Shannon le espetó:

—Usted sabía la existencia de esa fortuna, coronel... lo mismo que mi tío.

—Sí.

—¿Por qué no sacó los diamantes mucho antes? Tengo entendido que su situación financiera no es tan satisfactoria como parece.

—¡Nunca quise tocarlos! ¿Es que aún no lo comprende? Ese ídolo significa la desgracia, la destrucción y la muerte.

—No nos salga ahora con supersticiones hindúes, por favor.

Bruscamente, Mulrooney giró sobre los talones y se fue, caminando como si sus piernas apenas pudieran sostenerle.

Jenny musitó:

—Todo esto es cada vez más siniestro. Quiero irme de aquí cuanto antes, Shannon.

—Nos iremos en cuanto amanezca —gruñó Frank—, Depositaremos esos diamantes en un Banco de momento, hasta que el coronel se haya serenado y decida qué hacer con ellos. En buena ley, pertenecen a los Mulrooney, y él es en realidad el jefe de la familia.

Recogió los diamantes, volviéndolos a colocar en la bolsa.

Luego, volviéndose hacia el sargento, preguntó:

—¿Van a quedarse aquí el resto de la noche, sargento?

—Creo que es lo más razonable.

—Todos nos sentiremos mucho más tranquilos sabiendo que ustedes velan — murmuró Maggy—. Las horas hasta la mañana se me antojarán siglos.

—Joan...

La muchacha dejó de atizar el fuego. La voz de Shannon había sonado extrañamente tensa.

—Dime, Frank.

—Creo que oí de nuevo esa voz, o lo que sea. Algo inexplicable, pero que amenaza a los Mulrooney.

—Empiezas a preocuparme, créeme. No necesito estímulos para marcharme con todos vosotros.

—Sería conveniente que tú y Maggy estuvieseis juntas esta noche, eso es lo que quiero decir.

—Sabiendo que la policía vigila no veo ninguna necesidad de... ¿Qué opinas tú, Maggy?

—Con tantos hombres alrededor no tengo miedo. Unicamente que mañana quiero irme volando de aquí, cuando ellos se vayan también.

—Yo me quedaré aquí, frente al fuego —decidió la señora Murdock.

Casi se sobresaltaron al oír su voz. Habían olvidado hasta su presencia.

—Muy bien.—El sargento le sonrió—. Habrá uno de mis hombres en su compañía. Otro se quedará en el vestíbulo y el tercero en la biblioteca, cerca del coronel. Yo haré las rondas hasta que amanezca y de este modo supongo que quienquiera que piense atacar desistirá de su idea.

Eso marcó la desbandada general y unos minutos más tarde Jenny cerraba la puerta de su cuarto después de entrar Shannon.

Tan pronto estuvieron solos, él la rodeó con sus brazos y buscó la boca de la muchacha en un beso casi desesperado.

—Ha sido un día endiablado —murmuró después, aún abrazados—. Espero que cuando estemos lejos de este lugar, tú y yo podamos pensar definitivamente en el porvenir.

—Frank... dijiste que habías oído de nuevo la voz...

—Sí. Pero estábamos juntos el sargento y yo, y él no oyó nada.

—A veces siento como una presencia extraña a mi alrededor, como si me vigilaran... ¿Te sucede lo mismo a ti?

—Sí.

—¿Qué piensas que pueda ser?

—El miedo, quizá.

—El miedo no hace que resuenen voces en tus oídos o en los míos.

—Ese es otro misterio. Podría tratarse de parapsicología, una especie de transmisión de pensamiento. Pero para eso sería preciso que hubiera un parapsicólogo cerca, y lo que es más importante, que tuviera un sólido motivo para querer que tú y yo nos marchemos de aquí.

—¿Y si no se trata de eso?

—Entonces, pequeña, habría que pensar en un fenómeno sobrenatural.

—¿Quieres decir... un fantasma?

—Puedes llamarlo de mil modos distintos y será lo mismo. Pero piensa un poco, querida. Un fantasma, si hubiera que creer en él, es un ser incorpóreo. Digamos, un espíritu. Y un espíritu no tiene materia, no tiene fuerza física. Entonces... ¿cómo puede matar de ese modo, con esa violencia? Chalmers era un pobre viejo, pero Manson no. Manson era fuerte y hubiera ofrecido resistencia, lo que equivale a que quien fuera que le atacó era aún más fuerte y poderoso que él.

Ella se estremeció, sujeta por los brazos de Shannon.

De pronto susurró:

—También debe ser más fuerte que tú...

—No quisiera tener que comprobarlo. De cualquier modo, tengo un revólver y hasta un fantasma debe andarse con tiento antes de encajar un par de plomos de un «38».

—No creo que pueda pegar ojo en toda la noche...

—Eso me conviene — sonrió él, besándola de nuevo.

Tras esto, fue a correr las cortinas ocultando la ventana. Luego, sonriendo, preguntó:

—¿Me vuelvo de espaldas, Jenny?

—¿Para qué? Sólo ven aquí y no me dejes. Ni un minuto.

—De acuerdo.

Shannon se acercó a ella, y estaba firmemente decidido a obedecerla... y no soltarla en todo lo que quedaba de noche.

CAPITULO XI

El policía que ocupaba la biblioteca, además de soñoliento, estaba mortalmente aburrido. Le envolvía un silencio denso y sombrío, no tenía nada que hacer más que estar despierto y suspiraba porque amaneciera.

Había hojeado infinidad de libros de los que llenaban las estanterías, dejándolos otra vez en su lugar porque no eran temas de su agrado.

Después, cansado de fumar, fue a sentarse en el gran sillón que había al otro lado de la mesa.

Sobre ésta había legajos de papeles, algunas carpetas con escritos del coronel y otro montón de viejos libracos de aspecto muy poco alentador. Si por lo menos hubiese habido alguna novela policíaca la cosa aún hubiera podido soportarse.

El joven policía chascó la lengua disgustado cuando revisó aquellos volúmenes, tan viejos que parecían a punto de desencuadernarse con sólo tocarlos.

El que estaba debajo de todos los demás era una suerte de dietario escrito a mano. La letra, picuda y cuidada, había sido trazada por una mano extremadamente meticulosa.

Casi por inercia, porque se aburría y porque no tenía nada mejor que hacer, empezó a leer aquel diario.

Luego, olvidó sus deseos de novelas policíacas, su aburrimiento y su sueño, y se enfrascó en la lectura fascinado como nunca lo estuviera.

Así le sorprendió el sargento cuando se asomó a dar un vistazo mucho más tarde.

—¿Sin novedad, Simons?

—Ninguna, señor. Por favor, mire eso.

El sargento se acercó a la mesa. Enarcó las cejas al ver el aspecto del libro.

—¿Qué es?

—Un diario... el diario de alguien que debía estar más loco que un chivo.

—¿Dónde lo encontró?

—Debajo de todos esos otros libros. Lo importante a mi modo de ver, es que quien fuere que lo escribió estaba seguro de que al cabo de cien años justos y por algún extraño poder del infierno, destruiría a la familia Mulrooney.

—Bobadas.

—Espere... Según se desprende de lo que llevo leído, un tal Jonathan Mulrooney asesinó a un hombre llamado James Denard... lo mató, enterrándolo después en algún lugar de los sótanos del castillo para que nunca fuera descubierto. Lo hizo por celos, porque Denard estaba enamorado de la esposa de ese Mulrooney y ella le correspondía o algo así.

—¿Cuándo sucedió eso?

—En 1876.

—¿Y quién escribió ese diario?

—James Denard, por supuesto. Cuenta sus entrevistas con la dama y no cabe duda que estaban locamente enamorados. ¡Vaya descripciones!

—Bueno, olvídese de esa tontería y mantenga los ojos bien abiertos. Esta maldita noche no parece que vaya a terminar nunca.

—Espere un momento, señor. No cabe duda de que ese diario lo escribió James Denard. Bien... suponiendo que sea cierto, ¿cómo pudo escribir su propia muerte, y la anotación final?

—No pudo, es así de sencillo.

—Pues aquí está escrito la manera cómo Mulrooney le mató, estrangulándole poco a poco. La manera cómo le arrastró escaleras abajo por el pasadizo del salón y cómo más tarde le enterró bajo las losas de piedra...

El sargento apenas escuchaba. Algo de lo que había oído estaba zumbándole en la cabeza igual que una dinamo.

No obstante, el joven agente aún añadió:

—Y lo más sorprendente es el final, señor... Asegura que la venganza de Denard, o sea, del autor del escrito, se producirá al cabo de cien años, en el mismo día en que él fue muerto. Dice que en su dimensión cien años son un soplo, que cuando los Mulrooney hayan olvidado, cuando se crean dueños de sus destinos, les destruirá.

—Pura tontería.

—James Denard fue asesinado el 20 de octubre de 1876, señor.

—¿Y...?

—Mire ese calendario, sargento; 20 de octubre de 1976... Hoy hace exactamente cien años.

—No deja de ser curioso, ciertamente.

—Se me ocurre que quizá lo que está sucediendo tenga alguna relación con esta historia, sargento.

—Agente Simons, ¿pretende tomarme el pelo?

—No quiero decir que haya un fantasma llamado James Denard que ronde por aquí sediento de venganza y despedace a sus víctimas, sino que alguien de carne y hueso haya perdido la chaveta, influenciado por lo que está escrito en este libro. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Ya veo... pero si fuera así, debe haber perdido la chaveta, como usted dice, hasta el extremo de confundir a los miembros de la familia Mulrooney, porque hasta ahora ha matado a quienes no llevan ese nombre. Y un ser del más allá no se equivoca de ese modo, me parece a mí, y si es de este mundo, entonces no tiene nada que ver con esa leyenda.

El agente se rascó el cogote, perplejo.

Con voz lenta musitó:

—De cualquier modo, señor, es algo que impresiona.

—Impresiona más de lo que imagina, porque lo más importante de ese relato le ha pasado a usted por alto.

—¿A qué se refiere?

—A ese pasadizo del salón por el que Mulrooney llevó el cadáver al sótano... según lo que está escrito. Nosotros no hemos registrado ningún sótano porque ignorábamos que existiera, a excepción de la gran bodega. Y a la bodega se baja por una escalera cercana a la cocina. Entonces, ¿dónde está la entrada a ese sótano, si el salón es de paredes de piedra?

El agente Simons se quedó boquiabierto.

—¡Pues es cierto, sargento! —exclamó.

—Creo que buscaremos una entrada secreta en cuanto amanezca y pueda retirar a usted y a Cooke del vestíbulo.

El sargento ignoraba que para entonces, quizá fuera ya demasiado tarde...

CAPITULO XII

Joan despertó con la desagradable sensación de que no estaba sola en el cuarto.

Se quedó quieta, soñolienta, intentando pensar en lo que podía ser que la había despertado.

Aguzó el oído. Oyó el jadeo, como de bestia al acecho, una respiración poderosa y salvaje. Creyó que aún estaba soñando y sobresaltada se incorporó en la cama de un salto.

Quedó sentada, los ojos desorbitados mirando en torno.

Entonces vio la siniestra sombra negra a los pies de la cama, mirándola con aquellos dos puntos de fuego líquido que ocupaban el lugar de los ojos.

Dio un grito y su voz se extinguió a causa del horror. La figura negra no se movió. Estaba tan inmóvil como si formara parte de las otras sombras que llenaban la habitación. Era incorpórea, y no obstante perfectamente visible.

Joan apartó las ropas de un zarpazo dispuesta a brincar de la cama y correr hacia la puerta.

Sólo entonces cayó en la cuenta de que la respiración, el jadeo salvaje que escuchaba, no procedía de aquella siniestra figura silenciosa, sino de su derecha, justamente de la dirección donde estaba la puerta.

—¿Quién... quién...? —balbuceó, aterrorizada.

Alargó la mano y sus dedos encontraron la llave de la luz. Titubeó unos segundos, mientras le parecía escuchar una voz muy lejana...:

—Mata, mata...

Encendió la luz y miró hacia su derecha.

Lo que vio fue algo capaz de enloquecerla.

Aquel ser estaba allí, agazapado, mirándola con una maldad infinita en su única pupila. La cara semejaba una mancha informe, apenas sin facciones. El ojo derecho era apenas un pliegue de piel amoratada. El izquierdo brillaba con un fulgor demoníaco. Largas guedejas de cabello hirsuto y áspero le colgaban hasta los hombros y una delgada boca babeante jadeaba produciendo aquel sonido de fuelle.

Entonces, Joan recobró la voz y gritó. Era tanto su horror que su voz fue sólo un quejido. Pero saltó del lecho por el otro lado dándose cuenta al mismo tiempo de que la figura negra había desaparecido.

No obstante, continuaba oyendo aquella voz:

—¡MATA, MATA!

Sollozó apretándose de espaldas contra la pared helada. El monstruo se había puesto en movimiento y avanzaba balanceando sus largos brazos, parecidos a los de un simio. Todo él era una masa de músculos y pelo, un ser horrendo que no parecía de este mundo.

Abrió su boca babeante y dejó al descubierto los colmillos semejantes a los de un lobo. Joan sacudió la cabeza con la vana ilusión de que todo fuera una

pesadilla, de que despertaría y no quedaría nada de aquel horror.

Se deslizó pegada al muro a medida que el monstruo se aproximaba. Cuando lo tuvo más cerca oyó el breve y ahogado gemido que parecía brotar de entre sus colmillos, como una queja, o una acusación contra el mundo que le rodeaba.

De pronto, alargó una mano y casi atrapó a Joan. Sus dedos peludos, de uñas como puñales, se cerraron atrapando el camisón de la muchacha. Las uñas dejaron rojos surcos en su piel. Ella saltó hacia atrás y el camisón quedó colgando de aquella mano como una garra.

El cuerpo de piel suave y dorada de la muchacha reflejó la luz como una escultura de alabastro. Una maravillosa escultura que de pronto hubiera cobrado vida, justo a tiempo de perderla.

Aquel ser como surgido del infierno arrojó la prenda a un lado. Manoteaba ahora, excitado, gimiendo entre dientes, jadeando violentamente. Alargó las manos, casi suplicante, como si implorase algo que jamás había tenido.

La voz retumbó como un trueno.

—¡ES TUYA, MATALA!

Dio un tremendo salto y cayó sobre Joan con tal empuje que la derribó. Sus manos se clavaron en el cuerpo tibio y palpitante, sus uñas se hundieron salvajemente en la carne y los colmillos chispearon reflejando la luz.

Por un breve instante, fugaz como la muerte, Joan recobró la voz y emitió un agudo alarido de horror. Luego, los colmillos, la boca como un tajo, cayeron sobre su cara y ya no gritó más.

CAPITULO XIII

Shannon se desprendió de los brazos de Jenny y pegó tal salto que quedó de pie fuera de la cama.

La muchacha susurró:

—¡Es Joan... su voz!

El se vestía velozmente, a zarpazos. Sólo con los zapatos y los pantalones puestos, atrapó el revólver y dirigiéndose a la puerta gritó:

—¡Cierra con llave cuando haya salido y no abras a nadie!

—¡No me dejes, Frank...!

—¡Haz lo que te digo!

Abrió y saltó al centro del pasillo, agazapado, el revólver amartillado.

Vio acudir al sargento y a sus policías procedentes de la escalera. La puerta de Maggy se abrió y la aterrada muchacha asomó su desencajado rostro.

Shannon se precipitó hacia la puerta del dormitorio de Joan. Sacudió el tirador, pero estaba cerrada por dentro.

—¡Aquí, sargento, ayúdeme! —rugió.

El y el sargento se lanzaron contra la puerta. Fue lo mismo que si rebotasen contra una plancha de acero.

Aplicó el oído a la recia madera, pero era demasiado compacta para que dejara escapar ningún sonido

Sin vacilar, apuntó a la cerradura y disparó. El estampido repercutió por todos los recovecos del castillo levantando mil estruendos más. Saltaron astillas, pero la puerta no se abrió.

Hizo otro disparo más a la derecha del primero. En medio del estruendo se oyó la voz del coronel que bramaba subiendo las escaleras.

—¡Ahora, ayúdenme! —gritó Shannon.

El más corpulento de los policías se colocó a su lado. Juntos se precipitaron contra la puerta y esta vez la cerradura, rota por los disparos, cedió.

Los dos trastabillaron dentro del cuarto, a punto de caer. Tras ellos, el sargento y los otros policías se asomaron.

Vieron un fugaz movimiento en la ventana. Shannon levantó el revólver y apretó el gatillo una y otra vez y las balas agitaron la cortina antes de perderse en la noche.

Luego vieron algo más. Algo de una ferocidad indescriptible. Aquel mar de sangre, aquel cuerpo que fuera de alabastro palpitante y que ahora era una horrenda desgarradura...

Uno de los policías atrapó a Maggy en la puerta y la obligó a volverse.

El coronel entró a trompicones, ceniciento el rostro, la mirada desorbitada como si de repente hubiera perdido la razón.

Los demás estaban allí inmóviles, sobrecogidos de espanto, temblando.

Shannon reaccionó y se precipitó hacia la ventana. Apartó los agujereados

cortinajes y atisbo al exterior.

No había nada a la vista. Todo eran tinieblas y vacío. Sólo la estrecha cornisa bajo la ventana.

—¡Traiga una linterna, sargento! —gritó, medio colgado fuera del alféizar.

El policía se colocó a su lado, desbordado por tanto horror. Shannon le arrebató la linterna y enfocó la cornisa. Había unas claras manchas rojas allí, de un rojo oscuro y pardusco.

—¡Está herido, el maldito! —bufó—. Le di... lástima que no le acertara en la cabeza.

—Pero ¿cómo pudo huir por esa cornisa? Ningún ser humano podría moverse por ella sin riesgo de romperse la crisma.

—No sabemos si es humano o no. Pero desde luego no es ningún fantasma. Los fantasmas no creo que sangren si reciben un plomo del «38»...

Oyeron un sollozo detrás de ellos, un quejido amargo, profundo, y al volverse sorprendieron al coronel de rodillas al lado de los restos de Joan. Se cubría la cara con las manos y su gran cuerpo se balanceaba como una hoja sacudida por el viento.

—Habría que sacarlo de aquí — dijo el sargento.

—Espere...

Shannon hundió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de cartuchos. Recargó el cilindro del revólver y entretanto gruñó:

—Creo que ese hombre sabe más de todo esto que ninguno de nosotros. ¿Me oye, coronel? ¡Responda! ¿Me oye?

El viejo militar levantó su cara descompuesta. Era sólo una máscara de sí mismo.

—Es imposible que habiendo vivido toda su vida aquí, ignore lo que sucede... Debe saber por lo menos qué o quién es el criminal que se oculta en alguna parte del castillo...

Los ojos infinitamente espantados de Mulrooney le miraron como si no le vieran, como si contemplara algo incorpóreo que sólo existiera en un espacio distinto, una dimensión en la que sólo él tuviera acceso.

—Sí... —susurró al fin—. Yo conozco a ese engendro...

—¿Quién es, dónde se oculta?

Los ojos como globos de cristal miraron en torno.

—Salgan — jadeó—. Quédense sólo ustedes dos...

El sargento hizo una seña a sus hombres y éstos se llevaron a Maggy a su cuarto. Luego cerraron la puerta.

El sargento y Shannon esperaron oír la voz del coronel, pero éste se había quedado de nuevo absorto, mirando el cadáver sangriento de su sobrina.

—Coronel...

—Sí, le oigo.

—Por última vez, el tiempo juega a favor de ese criminal. ¿Quién es?

Les miró. Y había en su mirada tanto dolor como si fuera él quien sufriera los sangrantes desgarrones en su propia carne.

—Mi hijo — musitó al fin.
Shannon se quedó helado, paralizado.
El mismo sargento boqueó como un pez fuera del agua.
—¡No es posible! — casi sollozó el policía.
Todo su respeto, toda su veneración por la vieja familia, mantenida a lo largo de generaciones, se venía abajo.
—Lo que debiera haber sido un hijo mío — murmuró el coronel, levantándose con dificultad.
—¡Sabía usted que podía volver a matar! —Le espetó Shannon fuera de sí —. Vio lo que hizo con Chalmers y Manson... y calló. ¡Habrá de responder por eso, coronel!
Este sacudió la cabeza. No parecía importarle demasiado su responsabilidad. El dolor que sentía, el horror que le envolvía con sus oleadas viscosas, eran superiores a cualquier otro sentimiento.
—¿Dónde se oculta? — Exigió Shannon—. Es preciso impedir que vuelva a matar.
—Abajo... en los sótanos.
—Tampoco nos habló de que hubiera otros sótanos más que la bodega.
—¿Cómo podía condenar a...?
—A un engendro — chirrió Frank sin piedad —. Llévenos hasta él, coronel, y si aún titubea, eche un vistazo a esa pobre muchacha. O lo que queda de ella. ¡Mírela, maldito sea, mírela!
El coronel sacudió la cabeza ahogando los sollozos.
El sargento dijo dominando su voz:
—Debemos acabar con esta pesadilla, señor.
Asintió sin voz. Giró sobre los talones y abandonó el cuarto.
Le siguieron. Fuera esperaban todos los demás.
Shannon llamó a la puerta de Jenny y cuando ésta abrió dispuso que se uniera al grupo de Maggy y la señora Murdock. Señaló la propia habitación de Maggy y dijo:
—Dos agentes se quedarán aquí, con ustedes, si el sargento no tiene inconveniente.
—Desde luego, no quiero correr riesgos con nadie más. Ustedes dos, quédense y...
—En ese cuarto no — jadeó el coronel—. Ahí no.
—¿Por qué?
—En su habitación, Jenny... entren en ella y enciérrense dentro — susurró.
Esperaron a que desaparecieran. Entonces dijo:
—En ese cuarto hay una entrada al sótano.
—¿En el de Maggy?
—Sí... todo el castillo es un laberinto de pasillos y escaleras.
—¡Maldito sea usted! Sabía eso y dejó suelto a ese engendro asesino.
—¡No lo dejé suelto!—un sollozo rompió su voz—. Vivió siempre en una sala del sótano... la habilité para él... Luego, hace dos años, algo le sucedió.

Había sido siempre pacífico. No razonaba... era como un animal pero sin maldad alguna. Una noche escapó y mató a un vagabundo.

Entró en la habitación de Maggy. Shannon y el sargento le siguieron, viéndole hurgar en un rincón, junto a la chimenea.

—Le encadené. Yo... creo que le odiaba. El había sido causa de la muerte de mi mujer a la que yo adoraba. Era... era el fin de los Mulrooney, de nuestro prestigio, del respeto que siempre tuvo nuestro nombre en Inglaterra... ¡Le encadené!

Sonó un chasquido y un trozo del muro giró mostrando una oquedad negra como la pez.

Alumbrándose con las linternas descendieron unos pétreos escalones hasta lo que parecía el fondo de un pozo.

—A su derecha, sargento...

Alumbraron el pasillo que se abría en la roca viva. Echaron a andar, ahora con cautela, mientras el coronel aún explicó:

—Usted no me creyó, Shannon, cuando le dije que aquel ídolo era la muerte. Lo es... de algún modo. Lo arrebaté a unos fanáticos, en la India. No quiero decir que el ídolo por sí mismo tenga ningún poder diabólico. En absoluto. Pero aquellos sacerdotes fanáticos juraron vengarse. Yo era joven, poderoso entonces. No me preocupé en absoluto. Luego, una noche, se llevaron a mi mujer, encinta de cinco meses. Creí volverme loco...

El pasillo terminó frente a una enorme puerta. El coronel la abrió y antes de avanzar tanteó la pared.

—Hay luces en esta parte del sótano... En la Edad Media fueron mazmorras y salas de tortura... Lo acondicioné personalmente para él...

—¿Qué pasó con su esposa, señor? —preguntó el sargento, fascinado.

—Nunca lo supe. Ella tampoco recordaba que le hubieran hecho ningún daño. Sólo la drogaron porque no supo a dónde la llevaron... Tengo para mí que debieron administrarle alguna pócima, uno de sus misteriosos bebedizos. Existen millares en la India. Una sabiduría diabólica que han acumulado durante miles de años de odio, humillaciones y venganzas. Debieron obligarla a beber algo infinitamente maligno... porque lo que después ella trajo al mundo fue... fue lo que verán, si se ha refugiado aquí de nuevo.

Lo que vieron de momento fueron las herrumbrosas rejas de las mazmorras y unos siniestros artilugios de torturas medievales.

Shannon se estremeció. Débiles bombillas barrían las sombras mostrándoles el camino.

Al fin se detuvieron ante una puerta de hierro.

Allí, vacilando, el coronel dijo:

—Le encadené a raíz de aquella muerte. Podía moverse por el aposento, pero no salir de él porque las cadenas le retenían. Puse sólidos grilletes al extremo de las cadenas, y éstas sujetas a los muros. Todo fue bien... hasta que de algún modo que aún no comprendo, aprendió a librarse de los grilletes.

—¿Cómo pudo hacerlo?

—No lo sé. Es prácticamente imposible. Están cerrados con fuertes candados de acero. No obstante, últimamente, se libra de ellos cuando quiere...

El sargento murmuró de pronto:

—¿Qué sabe usted de la leyenda de James Denard?

—¡Oh!

—Uno de mis agentes leyó el diario, en la biblioteca.

—Ya veo... Eso es sólo una leyenda. El que lo escribió debía estar loco.

—Oiga, coronel —terció Shannon, impaciente—. Yo he visto una sombra negra, oído una voz. ¿También eso es obra de ese... de su hijo?

—Ahora no sé de qué me habla.

Abrió la puerta y apareció un gran aposento en penumbra.

Estaba amueblado con sencillez, pero con comodidad. Estaba dotado incluso de calefacción eléctrica. Había una cama adosada a un lado.

Sobre la cama, se removió el bulto informe del monstruo.

Shannon captó las largas cadenas fijas en el muro, con los sólidos grilletes abiertos al extremo. Luego, miró hacia la cama.

El coronel avanzó con pasos lentos.

—Tranquilízate —susurró con voz forzada—. Nadie te hará daño...

Entonces lo vieron con claridad, cuando se incorporó. El sargento contuvo el aliento, asustado. Shannon sintió que se le erizaba el pelo.

En la cara aplanada de aquel ser horrendo había una gran cantidad de sangre seca, que se extendía también a su pelaje, convirtiendo sus largas guedejas en una masa casi sólida.

La sangre que brotaba de un costado de su pecho no estaba seca, sino que manaba, mansa y brillante. La bala debía haberle atravesado.

El coronel se detuvo a su lado.

—Te libraste otra vez — musitó—. Si pudieras hablar, me gustaría saber cómo lo consigues. Eres muy hábil, ¿sabes?

El maligno ojo le observó con una luz demoníaca en la pupila.

En aquel instante sonó la voz. Bronca, poderosa.

Dijo:

—¡Mulrooney! Hoy hace cien años...

El coronel se irguió, mirando en torno.

El sargento pegó un salto y Shannon sacudió la cabeza, aturdido.

—Yo abrí los grilletes. Le enseñé a matar porque necesitaba un instrumento fuerte en este mundo.

—¿Quién...?

La voz del coronel se extinguió en una suerte de quejido:

—¡JAMES DENARD!

Shannon no entendía nada.

El sargento sí, y creía que se volvía loco por momentos.

Y de nuevo resonó la voz retumbante.

—¡MATA, MATALO CON MI MALDICION!

Shannon seguía sin comprender, pero gritó:

—¡Cuidado, coronel, apártese de ahí!

—No puede hacerme ningún daño... le he cuidado toda su vida...

Su voz se ahogó repentinamente. Todo sucedió como un torbellino cuando el monstruo saltó como una rana sobre el coronel.

El sargento gritó y quiso correr hacia aquel revoltijo de brazos, piernas y colmillos...

Shannon se le anticipó. Estuvo junto a los dos cuerpos en un instante. Vio hundirse los colmillos en la garganta del viejo militar, vio cómo las largas uñas semejantes a puñales desgarraban las ropas y la carne. Bajó el revólver y apoyándolo contra la cabeza de aquel ser infernal disparó.

Tras esto se volvió de espaldas a la pesadilla y se sintió vacío, viejo de mil años.

En un rincón, el sargento vomitó.

—La venganza — jadeó cuando al fin alcanzó a Shannon en el pasillo—. Está escrito en un libro, arriba... La venganza de James Denard.

—Maldito si sé de qué está hablando...

—Se lo enseñaré... es algo que debe ser estudiado...

Le llevó a la biblioteca.

En el suelo, sobre las losas de piedra, humeaban los restos abrasados de un libro.

Del diario de James Denard no quedaban más que cenizas.

La venganza se había consumado.

Casi tambaleándose, Shannon se dirigió a la habitación de Jenny Era como si saliera de un pozo de muerte.

Necesitaba un mundo vivo, un mundo en el que olvidar.

Un mundo de vida y amor, de caricias de mujer en que no hubiera sombras ni pesadillas.

Deseaba tanto a Jenny que incluso olvidó los diamantes.

FIN